



Antonio de Coello y Ochoa

# Los tres blasones de España

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Antonio de Coello y Ochoa

# Los tres blasones de España

Jornada primera

PERSONAS:

CURIENO  
RETÓGENES  
PANDURO  
UN CAPITÁN  
SOLDADOS  
MILENA  
FLORA  
POMPEYO  
LOS DOS SANTOS  
MÚSICOS

Salen con música y fiesta algunos SOLDADOS españoles, MILENA, dama, FLORA, PANDURO, gracioso, CURIENO y RETÓGENES, y MÚSICOS cantando.

CANTAN Viva el noble Curieno,  
viva la hermosa Milena:  
aquél afrenta de Marte,  
y ésta de Venus afrenta.  
RETÓGENES Haya fiesta, haya alegría

en aqueste verde prado,  
pues la tregua se ha jurado  
celebrando aqueste día.

SOLDADO 1.º Hoy tenemos libertad,  
hoy Mario, cónsul romano,  
levanta el cerco tirano  
en que tuvo a esta ciudad.

PANDURO Cuatro meses la ha tenido  
cercada, y si su porfía  
durara más, solo un día,  
ya se le hubiera rendido;  
porque tres días de suerte  
la hambre nos afligió,  
que a muchos ella mató  
a quien no pudo la muerte.

SOLDADO 1.º La fuerza es inaccesible;  
sólo pudiera la hambre  
rendirla.

PANDURO           Un ratón fiambre  
¡oh necesidad terrible!  
Para hoy guarde en almodrote;  
Comí ayer de un alazán  
una pierna en pepián.  
Y una cadera en gigote;  
pero ya que se ha librado  
deste cerco Calahorra,  
tengo de hacerme una zorra;  
mañana he de estar vengado  
del hambre y su tiranía,  
que es muy grande majadero  
quien muere de hambre: mas quiero  
morirme de apoplejía.

RETÓGENES Hoy, Curieno famoso,  
que la guerra se acabó,  
para darte el premio yo,  
serás de Milena esposo.  
Tú me pediste a Milena  
para ser tu esposa amada;  
yo, que mi patria cercada  
vi en tal opresión y pena,  
entonces te la negué,  
prometiéndote que el día  
que hiciese tu valentía,  
de quien siempre lo esperé,  
que el romano levantase  
el cerco, te la daría,  
y Milena ganaría

en que tal varón la honrase.  
Y porque el valor se arguya  
que mi fe y palabra encierra,  
hoy se acaba ya la guerra,  
hoy es ya Milena tuya.  
Dale la mano a tu esposo,  
Milena.

MILENA            Ya se la doy,  
y tan prenda suya soy,  
que con afecto amoroso  
cuanto metal, que se encierra  
por huir nuestra avaricia,  
para ser del mundo guerra  
supo sacar la codicia  
despedazando la tierra;  
cuantas perlas por el viento  
el alba vierte al albor  
que el nácar guardó avariento  
o en la copa de una flor  
el sol se bebió sediento;  
cuanto diamante por fruto  
produce el indiano oriente,  
que es, pagando al sol tributo,  
sustituto suyo ardiente  
o ya pulido o ya bruto;  
cuantos imperios profundos  
circuye el mar, y ignoró  
el Macedón, sin segundo,  
y sólo el sol registró  
por los ámbitos del mundo;  
todos juntos, si pudiera,  
hoy mi mano los juntara  
y cuando yo los tuviera,  
a ti te los entregara  
todos, porque todo fuera  
tan tuyo como Milena,  
y porque esto más se arguya,  
aunque en parte fuera pena,  
para volver a ser tuya  
quisiera ya ser ajena.

CURIENO ¿Qué imperio, dueño mío,  
qué perlas, qué riqueza, qué tesoro,  
qué diamantes, qué oro,  
qué cetro, que laurel, qué señorío,  
qué triunfos, qué despojos,  
cómo estar al arbitrio de tus ojos?  
dame, pues, esa mano,

que el jazmín avergüenza más honesto.  
(Tocan cajas.)

MILENA Cajas suenan.

CURIENO ¿Qué es esto?

PANDURO Del campo del romano  
sobre un bruto de tigre pretendiente,  
por su piel caballo le desmiente,  
viene un galán soldado;  
pero ya se apeó, y aquí ha llegado.  
Sale POMPEYO, cónsul romano.

POMPEYO Españoles, que os salís  
de la ciudad licenciosos,  
en fe de la infante tregua  
que os concedió Mario, el cónsul,  
ya sabéis, que mucho tiempo  
con su campo numeroso  
os tuvo cerrados Mario,  
y que ya remiso y flojo  
quiso levantar el cerco  
y hizo treguas con vosotros,  
debajo de unos conciertos  
para mi patria afrentosos.  
¿Pensaréis que va estáis libres  
del daño con esto sólo?  
Pues estáis muy engañados,  
porque ya en vuestro destrozo  
nuevo azote, nuevo rayo  
vibré el cielo poderoso.  
¡Ay desta ciudad humilde!  
¡Ay de España y ay de todo!  
Que el fuerte Pompeyo, el grande,  
cónsul ya y del mundo asombro,  
hoy ha llegado de nuevo  
a nuestro campo famoso  
a gobernar sus legiones  
y a enmendar de Mario el ocio;  
y viendo que los conciertos  
eran a Roma dañosos,  
no quiso pasar por ellos,  
corrido que un punto solo  
esta ciudad le resistan  
de Roma al nombre glorioso  
cuatro hambrientos que se atreven  
de bárbaros o de locos;  
yo, pues, de su parte vengo, (Ap.

quiero encubrir cauteloso  
que soy Pompeyo), a deciros  
que la ciudad y vosotros  
os entreguéis luego al punto  
o corteses o medrosos,  
o si no tan grande estrago  
hará, que en corrientes rojos  
se inunde el muro y se llene  
de humana púrpura el foso.

CURIENO ¿Has dicho ya? pues ve y dile  
a ese rayo, que no sólo  
no quiero entregar la fuerza,  
mas que le mando...

POMPEYO ¿Qué oigo?

CURIENO Que su ejército al momento  
salga de aquestos contornos,  
que si no, vive Milena,  
que es el cielo que yo adoro,  
que vaya allá, y que me traiga,  
si solicitan mi enojo,  
a él y aun a todo el campo  
preso con tiendas y todo,  
a que sean de Milena  
vil trofeo y triunfo poco.

POMPEYO ¿Sabes tú quién es Pompeyo?

CURIENO ¿Quién es Pompeyo?

POMPEYO Un asombro.

es aquel, que a sus hazañas  
desde el Océano undoso,  
Salobre tumba del día,  
hasta el gran reino de Poro  
que fue coto de Alejandro,  
no quiso tener por coto,  
pues ya del cristal del Ganges  
bebió su ejército a sorbos.  
Es aquel que con armada  
limpió el dilatado Ponto  
de corsarios, que eran tantos  
que sus leños numerosos  
una portátil provincia  
parecían en el golfo,  
es aquel que ha sujetado  
los egipcios valerosos,  
desde el Menfítico sabio  
hasta el Catadupa sordo;  
aquella provincia, donde  
cuanto humor escupe undoso

por siete bocas el Nilo  
el mar se bebe de un sorbo.  
Es aquel que si levanta  
el acero prodigioso,  
en las tres partes del mundo  
se quedan suspensos todos  
pendientes de su semblante,  
esperando temerosos  
a cual dellos amenaza  
la ejecución de su enojo;  
es rayo, que vibra Roma,  
es de Marte único oprobio,  
es el sol de Italia, y presto  
será de España destrozo.  
Y porque mejor lo sepas  
y yo te lo diga todo,  
yo soy Pompeyo, yo soy:  
mira si Pompeyo es poco.  
CURIENO ¿Y tú sabes quién soy yo?  
POMPEYO No lo sé, no te conozco.  
CURIENO ¿Sabes que soy Curieno,  
destas montañas aborto  
prodigio de aquestas peñas,  
tan altivo y ambicioso,  
que cuando a los hombres miro  
quisiera entonces ser monstruo,  
por diferenciarme en algo  
y no ser como los otros?  
Yo soy aquel que en el monte  
con aquestos brazos solos  
asiéndole de las puntas  
derribo en la tierra un toro,  
cuyos bramidos allí  
son irracionales modos  
con que me pide clemencia,  
y yo entonces le perdono.  
Soy aquel que asiendo fuerte  
de las quijadas a un oso,  
le hago tan grande la boca  
que le llega hasta los hombros.  
Soy a quien el rey de fieras  
que también rendido postro,  
sacudiendo la melena  
con un instinto medroso  
lame los pies, y esto entonces,  
parece largo y es odio.  
Y escribiendo alguna vez

en los árboles curioso  
esta hazaña con mi nombre,  
vienen a ser en el soto  
padrones vegetativos  
de mis hazañas los troncos.  
Yo soy quien robes descuaja  
como el cierzo o como el noto,  
yo al impulso de mis brazos,  
si él a fuerza de sus soplos.  
Yo soy estrago de fieras,  
soy entre los hombres solo,  
soy quartana del león,  
y soy del romano asombro,  
y yo soy, en fin, yo mismo;  
mira si Curieno es poco.

MILENA Y cuando no fuera tanto,  
bastábale ser mi esposo  
para ser más que ninguno  
y para dar muerte a todos.

POMPEYO Aqueso sólo temiera  
en él, ya estoy temeroso,  
que si tú estás de su parte...  
¡Oh deidad! ¡oh sol hermoso!  
Prodigio que nos dio el cielo  
en su ultraje o su decoro,  
hermosa afrenta de Palas,  
de Venus valiente oprobio,  
dulce lisonja o veneno  
que va entrando por los ojos,  
rayo del amor...

CURIENO Romano,  
aguarda, espera, ¿estás loco?  
si estás muy mal con tu vida,  
para matarte brioso,  
¿No bastaba, di, romano,  
solo mi valor heroico,  
sin que tú ahora le añadas  
las ventajas de celoso?  
Pues, vive Dios, si no fuera  
por no violar los notorios  
fueros del embajador,  
por quien aquí me reporto,  
que hiciera...

POMPEYO Calla, español,  
por lo mismo no respondo.

¿En fin, no rendís la fuerza?

RETÓGENES El pedirla ya es ocioso.



POMPEYO Yo me voy.

RETÓGENES                   Pues vete en paz,  
que morir queremos todos  
por defender nuestra patria;  
y tú, Curieno famoso,  
ya sabes aquel concierto  
que hemos hecho entre nosotros;  
yo te daba hoy a Milena,  
pensando que el riguroso  
cerco estaba ya acabado;  
bien ves que será forzoso  
no proseguir este intento  
pues que no cesó el estorbo;  
procura librar la patria  
de un peligro tan notorio,  
que entonces yo cumpliré,  
pues mi obligación no ignoro,  
la palabra que te di;  
vamos, Milena.

MILENA                           ¡Ay esposo!  
ya era tuya y ya te pierdo.  
(Vanse MILENA y RETÓGENES.)

CURIENO Rayos hecho por los ojos.

POMPEYO Centellas el alma vierte,  
¡Que a Pompeyo valeroso  
se atrevan a defenderle  
la ciudad siendo tan pocos!

CURIENO ¿Que haya estorbado mis dichas?  
fulmine rayos mi enojo.

POMPEYO No he de ponerme jamás  
el hábito y el adorno  
consular hasta rendirla;  
que no es bien que traiga honroso  
esas insignias sagradas  
quien recibe tal oprobio.

CURIENO (Ap.) Saldré esta noche secreto  
con mi gente, cuando al ocio  
esté entregado el romano;  
y si dormidos los cojo,  
haré tanto estrago en ellos  
que corran de sangre arroyos.

POMPEYO (Ap.) Esto ha de ser, vive el cielo.

CURIENO (Ap.) Con esto mi intento logro.

POMPEYO (Ap.) Así mi opinion restauro.

CURIENO (Ap.) Así mi suerte mejoro.

POMPEYO (Ap.) Esto ha de ser.

CURIENO (Ap.)                      Esto sea.  
POMPEYO (Ap.) Esto es fuerza.  
CURIENO (Ap.)                      Esto es forzoso.  
POMPEYO Adiós, Curieno valiente.  
CURIENO Adiós, Pompeyo famoso.  
(Vase cada uno por su parte, y queda PANDURO solo.)  
PANDURO Bien lo han garlado y se han ido  
y aquí me han dejado solo;  
pues ya que solo he quedado  
decir quiero un soliloquio.  
Que pensaba yo, señores,  
Sacar mañana o esotro  
este vientre de mal año,  
y viene luego el demonio  
del romano y lo despinta  
¿Qué he de hacer, cielos piadosos?  
que estoy de hambre, de suerte  
que puede pasarme un soplo.  
¿Para qué me disteis dientes  
si es que han de estar tan ociosos?  
¿Para qué los quiero yo?  
¿Que haya hombre tan dichoso  
que se muera de una hartura  
o de indigesto, y yo solo  
no he de tener que cocer  
en este natural horno?  
¿Quién me compra mi calor  
natural por un mondongo?  
Y aun se la daré de balde,  
vive Cristo, si me enojo.  
¿Que me tenga yo mi gula  
con cuatro dedos de moho?  
¿Adónde vive el hartazgo,  
señores, que no le topo?  
Que por ir a su posada  
me acomodara goloso  
a las ancas de un menudo,  
aunque fuera de retorno.  
¿Que me llame yo Panduro,  
y que no tenga ni un poco  
de mi nombre? Que a este tiempo  
fuera para mí bizcochos.  
Quiero tomar un arbitrio;  
hoy a poeta me pongo,  
que, en fin, se comen las uñas  
y es comer, aunque a si propio;  
o si no, a murmurador:

esto es mejor, esto escojo,  
que estos roen los zancajos,  
y en fin, será provechoso.  
Voyme a buscar un ahíto  
en la despensa de un Cónsul  
por debajo de la cuerda,  
Aunque me costara un ojo.       (Vase.)  
Sale MILENA en el muro.

MILENA Alba clara, aurora hermosa,  
primero candor del día,  
de quien ya la noche fría  
huyendo va presurosa;  
en oscuridad medrosa  
se partió de aquí mi amante,  
pues que ya tu luz brillante  
pisa sombras por despojos,  
hazle que vuelva a mis ojos  
de los romanos triunfante.  
Que si hermosura y color  
cobra una rosa por ti,  
no me has de negar a mi  
lo que le das a una flor.  
Ella al irse el resplandor  
ya con achaques de humana  
marchita su pompa vana,  
mustias ya sus luces rojas,  
amortajada en sus hojas  
muere efímera de grana.  
Pero aquella que yacía  
dormida muerta o marchita  
reverdece o resucita,  
o despierta con el día;  
pues rosa, la beldad mía,  
falleció sin su arrebol;  
haz que aquel sol español  
se muestre en brillante coche,  
que me marchitó la noche  
y no me florece el sol.  
Ya vence a la oscuridad  
el día poco luciente.  
Y está el mundo indiferente  
con dudosa claridad;  
coronada de beldad  
se muestra la aurora al suelo,  
la vista aunque con recelo,  
tender quiero hacia el romano

campo, que mi sol humano  
peligra allí. Mas ¡ay cielo!  
huyendo en tropa volante,  
aunque no desordenados,  
vienen algunos soldados  
y un joven viene delante  
de quien es un bruto atlante  
¡Ay! ¿si es mi esposo el que vi?  
El alma dice que sí;  
¡Ciego Dios, que al viento igualas,  
préstale al bruto tus alas  
porque más presto... ¡ay de mí!  
Que el bruto ¡válgame el cielo!  
tropezando allí al correr,  
sin poderse contener,  
ambos han medido el suelo;  
que habrán muerto recelo,  
pero ya en pie se levanta.  
Salen CURIENO y SOLDADOS.  
CURIENO No pudo en hazaña tanta  
el bruto, y justo no fuera  
que conmigo compitiera  
de quien la muerte se espanta  
SOLDADO 1º ¿Hízote mal la caída?  
CURIENO No, soldados, no fue nada,  
pero en el muro asomada  
está quien me diera vida.  
MILENA ¿Esposo, mi bien?  
CURIENO ¿Milena?  
MILENA Huyó la tiniebla fría,  
salió mi sol.  
CURIENO Ya eres mía.  
MILENA Afuera, engañosa pena,  
yo bajo, ¿qué me acobarda?  
a abrir la puerta, y mis brazos  
sean los primeros lazos.  
CURIENO Espera, Milena, aguarda;  
yo le prometí a tu amor  
y dije que no me abrieses  
la puerta hasta que supieses  
que volvía vencedor;  
y aunque fue promesa mucha,  
porque veas que cumplí  
la palabra que te di,  
antes que bajes escucha:  
con cincuenta soldados que podía  
sacar de la ciudad, que reservados

del hambre y de la guerra sólo había,  
a dar en los romanos descuidados  
tan sin rumor salí, Milena mía,  
tan mudo, que pisando mis soldados,  
daba los frisos el valor tan quedo  
que parecía que los daba el miedo.  
Era la noche ya, y la luz diurna,  
que huyendo va de la tiniebla informe  
buscaba el mar, en cuya móvil urna  
reverberaba el esplendor triforme;  
volvía, en fin, la confusión nocturna  
lo vario de las cosas uniforme,  
sembrando por el mundo su beleño  
con perezoso paso el torpe sueño;  
llego al campo romano, y tan rendidos  
o tan muertos el ocio los tenía,  
que cuando yo mataba los dormidos  
Ninguno me parece que moría;  
que si es usar de acciones y sentidos  
vivir, no estaba vivo el que dormía  
y así cuando murió de golpe cierto,  
sólo quedó más frío, no más muerto  
y como el hombre que durmiendo estaba  
y el muerto en nada, en fin, se distinguían,  
la muerte con el sueño pleiteaba  
y entrambos sus vasallos confundían;  
de los muertos el sueño allí triunfaba,  
la muerte allí de aquellos que dormían,  
y con el mismo error tal vez mi acero  
volvió a matar al que mató primero.  
Crece el odio, despiertan al ruido,  
cual empuña la espada, cual el dardo,  
muere por defenderse el atrevido  
y por no defenderse muere el tardo;  
sorda está la piedad, ronco el gemido;  
sigo al que huye, al que acomete aguardo,  
crece la confusión y el polvo sube  
con ambición de introducirse nube  
yo, que miro ya el campo alborotado,  
acabar de una vez la hazaña quise:  
matar al gran Pompeyo he deseado  
antes que el alba las tinieblas pise;  
¿Cuál es el Cónsul? dije, y no soldado  
suyo, a quien no maté porque me avise,  
me le mostró que la lealtad rompida  
ferió su honor entonces por su vida.  
Aquél es, dijo, que a caballo armado

para ordenar las huestes ha salido;  
que a la luz de unas teas que han sacado  
pudo ser del soldado conocido:  
yo, aunque el rostro no vi, certificado  
quedé mirando el consular vestido,  
y como de mis celos era dueño  
luego le fulminé con solo el ceño.  
Iba a matarle; mas quedé dudoso  
con uno y otro afecto diferente,  
que cada cual quería poderoso  
ejecutar el golpe solamente;  
iba a matarle ya como celoso,  
iba a matarle ya como valiente,  
y estando absorto en suspensión tan muda  
vivir gran rato le valió la duda;  
mas corrido de ver que así vivía  
de un golpe le maté; mas fue de suerte,  
que ni sé si tocó la valentía  
o los celos del alma ¡pasión fuerte!  
Y que fuesen entrambos ser podía,  
pues le vino tan grande aquella muerte  
que allí para salir sola una vida  
le cobró mucha parte de la herida.  
Cae del caballo al suelo, y yo brioso  
la silla ocupo al bruto velozmente,  
porque como el huir era forzoso  
para salir del riesgo yo con mi gente,  
y aunque sea en un trance peligroso  
nunca ha sabido huir mi pie valiente  
quise tener disculpa por lo menos  
de que huyendo salía en pies ajenos.  
Salgo corriendo yo, también los míos;  
pocos quedaron; sígueme el romano,  
paso nadando mil sangrientos ríos:  
ya no me siguen, viendo que esen vano;  
perdió el caballo de correr los bríos,  
medimos ambos el florido llano,  
llegué a mi patria honrado y vitorioso,  
y lo que es más, miré tu sol hermoso.  
MILENA ¿Qué tengo que responder,  
sino que tuya nací?  
Tú venciste para mí,  
pues tuya tengo de ser,  
señor, con esta vitoria.  
CURIENO Ya no dudará este día  
tu padre que tú seas mía  
volviendo con tanta gloria.

MILENA Bajo a abrirte, y mil abrazos  
te celebren vencedor.  
(Quítase del muro.)

CURIENO ¡Oh! permítame el amor,  
que yo me vea en tus brazos.  
Hoy, soldados, quedará  
libre nuestra patria amada,  
que si les falta la espada  
de Pompeyo, ¿quién podrá  
resistir a mi valor?  
Del hambre os habéis de ver  
libres.

SOLDADO 1.º Bien es menester  
que hoy se acabe su rigor.  
Que ya tan muertos están  
los que perdonó la guerra,  
que mi recelo no yerra  
diciendo que ya serán  
los que anoche se quedaron  
con tal hambre en la ciudad  
muertos sin duda.  
(Suenan cajas.)

CURIENO Esperad;  
caja y trompetas sonaron.

SOLDADO 2.º Y detrás de aquel vecino  
cerró, marchando a concierto,  
soldados se han descubierto.

CURIENO Y a toda priesa imagino  
que nos vienen a embestir;  
pocos son.

SOLDADO 1.º ¿Qué hemos de hacer?

CURIENO ¿Qué? acabarlos de vencer,  
o acabar ya de morir.  
Querrán la muerte vengar  
de su capitán.

SOLDADO Ya llegan.

CURIENO Nunca españoles se niegan  
a trance de pelear.

Sale UN CAPITÁN romano y SOLDADOS.

CAPITÁN Hoy la muerte vengaremos  
de Mario, nobles romanos;  
a la vista y a las manos  
los enemigos tenemos.  
Pero estaréis advertidos

que os retiréis sin desorden  
en embistiendo, que es orden  
de Pompeyo; que vencidos  
con esta traza, romanos,  
quedarán aquestos locos,  
que apenas por ser tan pocos  
tienen que hacer vuestras manos.  
Que Pompeyo y sus soldados  
detrás de aquel bosque ameno,  
para ser rayo sin trueno  
vienen marchando emboscados.  
Y al retirarnos saldrán  
y cogiéndolos en medio,  
estos pocos, sin remedio,  
todos juntos morirán.  
Tocad al alma, lleguemos.  
CURIENO Ea, pues, del mundo soles,  
veinte somos y españoles,  
cada cual por mil valemos.  
(Embístense y retíranse los romanos.)

Sale POMPEYO por la otra parte.

POMPEYO Ya se embisten; los romanos  
diestramente se retiran;  
¡Qué fuertes golpes se tiran!  
ea amigos; ea, hermanos;  
ea, soldados, venid,  
embestid vosotros luego,  
que muriendo a sangre y fuego...  
(Abre Milena la puerta de la ciudad.)  
Salen MILENA, PANDURO y FLORA.

MILENA Ya abrí la puerta, salid.

FLORA ¡Que haya vencido tan presto!

PANDURO ¡Qué! ¿en fin viene vitorioso?

MILENA Ya tienes querido esposo...

¡Válgame el cielo!

POMPEYO ¿Qué es esto?

Parad, supended, soldados,

los aceros no vencidos;

quédense vuestros sentidos

a deidad tanta elevados.

MILENA ¡Turbada estoy!

FLORA ¡Ay! ¿qué haremos?

PANDURO ¿Romanicos? Guarda Pablo,

a puerta cerrada el diablo



diz que se vuelve; cerremos.  
(Entrase y cierra la puerta.)

MILENA Hombre, ¿quién eres? Esposo.

POMPEYO Yo soy el terror de España,  
el rayo desta campaña:  
soy Pompeyo el victorioso.  
Soy, quien robando de aquí  
tu sol claro y sin segundo,  
me llevaré todo el mundo  
sólo con llevarte a ti;  
que llevándote en mis brazos  
volveré al campo triunfante,  
siendo de tu cielo Atlante.

MILENA Primero me haré pedazos.

POMPEYO Ven, para que seas trofeo  
con que vuelva vencedor.

MILENA Eso es crueldad.

POMPEYO Es amor.

MILENA Es tiranía.

POMPEYO Es deseo.

MILENA Es rigor.

POMPEYO Es querer verte.

MILENA Es ofenderme.

POMPEYO Es amarte.

MILENA Es matarme.

POMPEYO Es adorarte.

MILENA Es injuriarme.

POMPEYO Es quererte.

Ven, será esfera mi tienda  
de ese sol de tu hermosura.

MILENA ¿Yo contigo? ¡Qué locura!

POMPEYO ¿Quién habrá que te defienda?

MILENA El cielo.

POMPEYO Está sordo al ruego.

MILENA Los hombres.

POMPEYO Nadie me injuria.

MILENA Las fieras.

POMPEYO Temen mi furia.

MILENA Amor.

POMPEYO Es rapaz y ciego.

MILENA Júpiter.

POMPEYO Está ofendido.

MILENA El sol.

POMPEYO Tiénesle agraviado.

MILENA Marte.

POMPEYO Marte es mi soldado.

MILENA El mundo.  
POMPEYO Yo le he vencido.  
Ea, soldados, llevemos  
esta deidad, esta gloria,  
que esta es la mayor vitoria  
que ahora alcanzar podemos.  
No sigáis los enemigos.  
MILENA ¿Esposo?  
POMPEYO Es intento vano.  
MILENA ¿Curieno?  
POMPEYO Llámasele en vano.  
MILENA Yo muero.  
POMPEYO Vamos, amigos.  
Marchad alegres.  
MILENA ¡Qué asombros!  
Esposo, yo te perdí.  
POMPEYO Guárdese el mundo de mí,  
pues llevo al cielo en mis hombros  
(Llévasela.)

FLORA ¡Gran desdicha! ¿Qué haré?  
Abre, Panduro; abre aquí.  
PANDURO (Dentro.) Fuéronse?  
FLORA Sí.  
PANDURO ¿Todos?  
FLORA Sí.  
PANDURO Pues de aquí a un rato abriré.  
FLORA Abre, ya se han ausentado.  
PANDURO Deja que de todo punto  
se vayan, que luego al punto  
abriré.  
FLORA No seas pesado.  
PANDURO ¿Fuéronse ya totalmente?  
FLORA Sí.  
PANDURO ¿Totalmente?  
FLORA Se han ido.  
PANDURO Pues si totalmente ha sido  
salgo ahora.  
Abre la puerta y sale PANDURO.  
FLORA ¡Qué valiente!  
A Milena se han llevado.  
PANDURO ¿Qué dices?  
FLORA Esto.  
PANDURO ¿A Milena?  
Reviento de enojo y pena;  
¿No me hubieras avisado?  
Por Dios, si lo llevo a ver...

FLORA ¿Qué hicieras?

PANDURO ¿Qué? pelear

y ayudársela a llevar  
cuando fuera menester.

¿Fuéronse ya?

FLORA Ya se fueron.

PANDURO Gran desdicha! ¡Gran vaivén  
de fortuna! Mira bien  
si de vista se perdieron;  
que por vida de los dos  
que si no se hubieran ido...

FLORA ¿Qué?

PANDURO Que no hubiera salido  
de la ciudad, juro a Dios.  
Sale CURIENO herido.

CURIENO Grande desventura ha sido;  
todos mis soldados muertos  
yacen en esos desiertos,  
y yo me he escapado herido.

PANDURO ¿Que no haya habido un soldado  
a quien parecieses bien?

FLORA ¿Para qué?

PANDURO Porque también  
te hubieran a ti robado.

FLORA Curieno viene.

PANDURO ¿Le viste?

CURIENO Con sólo ver a Milena  
podrá aliviarse mi pena  
en un estado tan triste.  
Entraré a verla.

FLORA Señor...

(Yo le he de decir aquí  
cómo cerraste.)

PANDURO ¡Ay de mí!

CURIENO ¿Qué dices?

FLORA Este traidor...

PANDURO Calla, por Dios. Ella fue,  
que yo no tengo la culpa.

CURIENO ¿Pues de qué es esa disculpa?

PANDURO No le digas que cerré.

FLORA Sí quiero.

CURIENO Apartad, villanos;  
entraré a ver a Milena  
para aliviar tanta pena.

PANDURO ¿Hanla vuelto los romanos?

CURIENO ¿Qué dices, loco?

PANDURO                                  Señor,  
Que no está Milena acá.  
CURIENO ¿Pues dónde está?  
PANDERO                                  ¿Dónde? allá.  
CURIENO ¿Qué dices, hombre? ¡Ay amor!  
¿Dónde está Milena? aprisa,  
decidlo presto, villanos;  
no me atormentéis, tiranos.  
FLORA Señor, bajando Milena...  
CURIENO Acabad.  
PANDERO                                  Bajando a verte...  
FLORA Este merece la muerte.  
PANDERO Esta merece gran pena.  
CURIENO Decid.  
FLORA                                  A verte salió  
de la ciudad.  
CURIENO                                  ¡Ay de mí!  
FLORA Y pensando hallarte a ti,  
a los romanos halló.  
CURIENO Di presto.  
FLORA                                  Y un capitán,  
un Pompeyo, un desalmado,  
de su rostro enamorado...  
PANDURO Deja, que aquí lo dirán:  
llevándosela en los brazos...  
CURIENO Calla, villano, atrevido.  
PANDURO Muerto soy.  
FLORA                                  ¡Válgame el cielo!  
PANDURO Huyamos dél.  
FLORA                                  Ya te sigo.  
(Vanse Flora y Panduro.)

CURIENO Que me han traspasado el alma  
las palabras que me has dicho:  
no pronuncies el veneno  
que, al revés del basilisco,  
como él mata por los ojos  
tú matas por los oídos.  
¡Milena, mi dulce esposa,  
el único sol que miro,  
la deidad sola que adoro,  
el dueño hermoso a quien sirvo,  
el premio que amante busco,  
la gloria por quien suspiro,  
el centro por quien anhelo,  
la vida por quien yo vivo;  
y, en fin, el ser por quien soy,

en poder de mi enemigo!  
Mientes, villano, ¡ay de mí!  
¿Para qué estas dudas finjo?  
Que aunque parezca imposible,  
pues yo no estuviera vivo  
si me faltara Milena,  
sin duda habrá sucedido,  
pues es mal, sin duda es cierto,  
que aunque parezcan prodigios  
crédito de verdaderos  
se traen los males consigo.  
Y si esto fue verdad, cielos,  
que os medís vosotros mismos  
moviéndoos eternamente  
con impulso repetido;  
si es cierto y lo visteis, ¿cómo  
de esos ejes cristalinos  
vibrando no bajó un rayo  
taladrando el aire en rizos?  
¿Cuándo son vuestras venganzas?  
¿Qué ofensas o qué delitos  
fulmináis? ¿A qué ocasión  
se reservan castigos?  
¿Para qué lance os guardáis,  
o justos o vengativos,  
si no gastáis sólo un rayo  
en vengar agravios míos?  
¿Pero yo para vengarme  
de los cielos necesito?  
Ahora estéis a mis quejas  
o sordos o compasivos,  
no me importa, pues estoy  
de parte yo de mí mismo.  
Salgan, salgan a vengarme  
envueltos entre suspiros  
forjados en la región  
ardiente del pecho mío,  
rayos de mi enojo, siendo  
mis quejas tonante aviso  
que de los rayos del alma  
son el trueno los gemidos.  
Romanos, guardaos de mí;  
y tú, Pompeyo, que has sido  
quien llevó mi dulce dueño,  
y a quien yo poco advertido  
pensé que había dado muerte  
y hoy en mi daño estás vivo,

teme, que van contra ti,  
en mi valor reducidos,  
y abreviados solamente  
en este rayo que esgrimo,  
cuantas iras, cuantas muertes,  
cuantas venganzas ha visto  
el tiempo, que lentamente  
se va royendo a sí mismo;  
porque sea mi venganza  
porque sea tu castigo  
un padrón, que en las memorias  
de los hombres sucesivos  
se lea para escarmiento  
de los venideros siglos.  
Como celoso y valiente  
contra ti la espada vibro,  
¿Mira tú como podrás,  
aunque fuera en el abismo,  
estar seguro de mí?  
Que si sólo el valor mío  
bastara a darte mil muertes.  
¿Qué harán en un pecho altivo  
juntos celos y valor,  
cuando para hacer prodigios  
al más cobarde le basta  
sólo el estar ofendido? (Vase.)  
Salen POMPEYO, EL CAPITÁN y SOLDADOS.  
POMPEYO Ya, romanos generosos,  
pereció vuestro enemigo;  
aun para que sea testigo  
de vuestros hechos famosos  
ninguno vivo dejasteis,  
pues he llegado a vencer,  
desde hoy me puedo poner,  
pues a todos los matasteis,  
el adorno consular.  
En la ciudad entraremos  
esta tarde, y triunfaremos  
pues quien lo pueda estorbar  
apenas habrá quedado.  
CAPITÁN Muy bien podrás, sin violencia  
entrar, que en su resistencia  
apenas habrá un soldado.  
POMPEYO Pero, ¿qué es este rumor?  
CAPITÁN Allí hacia tu tienda suena  
una mujer, y es Milena  
con un varonil furor

de los que están en su guarda,  
con una daga en la mano  
librarse quiere, y no en vano,  
que ninguno la acobarda.

POMPEYO Di que la traigan.

CAPITÁN Ya llega,  
el oro al viento esparcido,  
sangriento el rostro y herido,  
y de sangre y polvo ciega.

Sale MILENA herida el rostro, con una daga en la mano.

POMPEYO ¿Qué es aquesto?

MILENA Pena mucha.

POMPEYO ¿Quién te ha herido?

MILENA Yo me herí.

POMPEYO ¿Tú misma?

MILENA Sí.

POMPEYO ¿Porqué? di.

MILENA Si quieres saberlo, escucha:

ya sabes que tuviste  
con cercos la ciudad muy apretada,  
que entraste en ella tú con embajada,  
que no quiso rendirse, que me viste,  
que requiebros, osado, me dijiste,  
que tuvo celos mi querido esposo,  
que asaltó vuestros reales vitorioso,  
que un rato le siguieron,  
que después por vengarse le embistieron  
que engañada salí, que me robaste,  
que a tu tienda con guardas me enviaste  
con un fin poco honesto;  
pues oye lo demás, si sabes esto.  
Yo que a mi esposo quiero,  
perdona o agradece el desengaño,  
sabiendo por mi daño  
que tú, amante grosero,  
mi honor aquesta noche amenazabas,  
y, en efecto, a tu tienda me enviabas  
con fin de que esta noche a mi despecho  
siendo teatro el lecho,  
apurando mi honor en mi fatiga;  
pero lo será justo que lo diga;  
que si un hombre que entiende  
que le ofenden, él mismo a si se ofende  
no quiero que publiquen hoy mis labios  
intentos que forjaban mis agravios;  
ni que mi lengua contra mi despida

voces que me publiquen ofendida;  
y a ti te está mejor también que calle:  
que si para abalalle  
a un tan grande varón, tan excelente,  
estorbo puede ser o inconveniente  
un tan lascivo y torpe pensamiento,  
no quiero, publicando aqueste intento,  
aunque pudiera hacerlo por venganza,  
estorbar tu alabanza:  
y así, ya por entrambos no lo digo,  
pues con callarlo, a ti y a mí me obligo.  
En fin, como mi honor me había avisado  
esto que he dicho o esto que he callado,  
viendo que de mi mal o tu locura  
era sola la causa mi hermosura,  
esta apariencia vana  
que nace hoy para morir mañana;  
este engaño apacible de los ojos,  
siempre ocasión de escándalos y enojos;  
Esta desdicha, si, nunca entendida,  
pues que de todas siendo apetecida  
a aquella que la tiene la fue dada  
con pensión de ser necia o desdichada;  
viendo, pues, que ella en riesgo me ponía  
de perder el honor, ¡grande osadía!  
Con este mismo acero  
que contra mí solicitaba fiero,  
determino, borrando mi hermosura,  
por quitar la ocasión de tu locura,  
cosa entre las mujeres poco usada,  
trocar el ser hermosa al ser honrada;  
que fuera en las demás más fácil cosa  
trocar el ser honrada al ser hermosa;  
y no parezca a nadie mucha hazaña,  
que si aquel que en la selva o la montaña  
áspid oculto muerde,  
aquella parte pierde  
entonces inhumano  
del brazo o de la mano,  
dejándola cortar del hierro ardiente  
por conservar las otras providente,  
con que estando consigo riguroso  
vine a ser en estarlo más piadoso  
yo, que prudente vía  
que aquesta parte mía  
puso a las otras para darme muerte,  
en peligro tan fuerte,



viendo que estaba el daño tan vecino,  
despreciar por las otras determino  
esta parte de mí, que siempre es bueno  
excusar a las otras del veneno,  
queriendo yo con tan discreto modo  
perder la parte y conservar el todo.  
Esta la causa ha sido  
que tú ignorabas que ya has sabido;  
bien ves lo que he intentado  
por conservar mi honor, nunca manchado  
si acaso, torpe y ciega.  
No cesó tu pasión con esto, llega  
que para no sufrir tu desvarío,  
aún tiene más caudal el honor mío;  
que si el llanto y el ruego  
no bastare a templar tu ardiente fuego,  
apelaré a este acero  
que me remedie aquí como primero.  
POMPEYO Corrido y confuso estoy  
¡Oh generosa mujer!  
Nadie me pudo vencer,  
sola tú me vences hoy.  
Marchad apriesa, soldados,  
(Vuelve la cabeza.)

Que ya no hay quien os ofenda,  
ni la ciudad os defienda  
en sus muros levantados.  
MILENA ¿Vuelves el rostro y te vas  
sin declarar tu intención?  
POMPEYO Si, que con aquesta acción  
mi valor se muestra más.  
Voyme aquí sin responder.  
Porque es ocioso el hablar.  
Pues disculpa no he de hallar  
de lo que he venido a hacer.  
Voyme sin verte, porque  
no se avergüencen mis ojos  
de ver esos rasgos rojos  
que en tu rostro ocasioné.  
Que será de más provecho  
en caso tan infelice  
ni abonar lo que yo hice  
ni mirar lo que tú has hecho.  
(Vanse Pompeyo, el capitán y soldados.)  
MILENA Ya que tengo libertad,  
quiero con pie presuroso

buscar el centro en mi esposo,  
que no lejos de la ciudad  
levanta su noble muro;  
desde este bosque imagino  
que es más pequeño el camino:  
acercarme allá procuro.  
Sale CURIENO.

CURIENO Paso a paso voy guiado  
tan mal como mi fortuna  
sin esperanza ninguna  
de mejorarme de estado.  
¿Dónde me lleváis? ¿Qué hacéis?  
Guiadme hacia mi venganza,  
que esta sola es la esperanza  
con que aliviarme podéis.  
Quiero caminar osado  
al campo de mi enemigo  
para que con su castigo...

MILENA ¿Es mi esposo?

CURIENO ¿Qué he mirado?

MILENA ¿Curieno?

CURIENO ¿Qué sirena  
es la que escuchando estoy?

MILENA ¿Esposo?

CURIENO ¿Eres tú?

MILENA Yo soy.

CURIENO ¿Milena?

MILENA Yo soy Milena.

CURIENO ¿Quién tu hermosura ha ultrajado?

¿Qué bárbaro, qué cruel,  
de aquel divino pincel

profanó el mejor traslado?

¿Quién de su mano ha horrado  
los más perfectos primores?

¿Quién a los rasgos mejores  
que obró la idea mejor,

en ofensa del pintor  
añadió nuevos colores?

Di, ¿qué abeja hirió al amor?

¿Qué mano ultrajó a Milena?

¿Qué planta ajó la azucena?

¿Qué estío secó la flor?

¿Qué nube encubrió el candor?

¿Qué eclipse la luz hermosa?

¿Qué osado violó la rosa?

¿Qué cierzo agostó el jardín?

¿Qué pie profanó el jazmín?

¿Qué arado troncó la rosa?

MILENA Óyelo en breves razones:

yo estaba con tu enemigo,

descubrió para conmigo

sus lascivas intenciones;

como mi hermosura vi

que era causa de su amor,

para templar su rigor

quise deshacerla así,

y estas heridas me di

por asegurar mi honor.

CURIENO Con pena y con alegría

te he mirado y escuchado,

y entrambas han procurado

llevarme entero a porfía

la pena sentir quería

ver tu hermosura ultrajada

y como en guerra trabada

andan disgusto y contento,

me embaraza el sentimiento

el gusto de hallarte honrada.

Más hermosa así has quedado,

esmaltes son de tu honor,

y nunca perdió el valor

el oro por esmaltado;

no porque en el verde prado

de la rosa la blancura

herido el pie Venus pura

la salpicó de carmín,

dejó de ser rosa, en fin,

que antes creció su hermosura;

pero la lástima obró

en mí también tal afeto,

que vengarme te prometo

de quien la causa te dio.

Salen POMPEYO, CAPITÁN Y SOLDADOS.

CAPITÁN Ya las torres conocidas

de Calahorra están cerca.

CURIENO Ya el romano se me acerca,

vengaré en él tus heridas.

POMPEYO Haced alto; la ciudad

es ésta.

CAPITÁN Ya está a tus pies.

CURIENO ¿Cuál de vosotros, cuál es

Pompeyo?

POMPEYO                    Yo soy.  
CAPITÁN                    Llegad.  
POMPEYO ¡Por qué lo quieres saber?  
CURIENO Porque te quiero matar;  
y aunque te conozco, errar  
pueden los ojos al ver;  
que otra vez que lo intenté,  
fuiste tú tan venturoso  
o yo tan poco dichoso,  
que a otro por ti maté.  
Y ahora para no errar,  
a ti mismo te lo digo,  
que eres el mejor testigo  
para poderme informar.  
Que ya no fuera fortuna  
en mí, si no poca maña  
para hacer tan corta hazaña  
errarlo de dos la una.  
POMPEYO ¿Qué dices? ¿Estás en ti?  
¿Eres loco? Bien se ve;  
por dos cosas dejaré  
de darte la muerte aquí;  
que hombre que a tal se atrevió  
y no se humilló a mis pies  
al verme, o es loco o es  
tan valiente como yo.  
Por nada, en fin, me provocho:  
si es loco, ¿de qué me agravio?  
Que, ¿quién es tan poco sabio  
que quiere matar a un loco?  
Si lo hiciste de alentado,  
de valiente, altivo y fuerte,  
no es bien quede con su muerte  
tanto valor sepultado,  
que a hombre que a mí se atrevió  
será a Pompeyo segundo  
y los dos ojos del mundo  
somos sin duda él y yo.  
Y así, en la ocasión presente  
dichoso te has escapado,  
pues que quedas perdonado  
o por loco o por valiente.  
Ea, soldados, entrad.  
CURIENO ¿Mi patria quieres vencer?  
POMPEYO ¿Quién lo podrá defender?  
¿Hay quien pueda en la ciudad?  
CURIENO No hay nadie, desierta está

mi patria, todos murieron,  
o lentamente a la hambre  
o velozmente al acero.  
Y si alguno vive, está  
de modo casi tan muerto,  
que, viviendo viene a ser  
un sepulcro de sí mismo.  
Desiertas están las casas,  
y para horror o escarmiento,  
sólo las calles ocupan  
cadáveres y esqueletos,  
asolada está mi patria;  
y yo, que estos males veo,  
no puedo impedir tu entrada,  
porque me ha guardado el cielo  
sólo para ser testigo  
de tan trágico suceso.

POMPEYO Pues si está como tú dices  
y no hay quien pueda allá dentro,  
ni tú puedes impedirlo,  
¿Cómo dudas, loco y ciego  
que puedo entrar en tu patria?  
¿Podranlo estorbar los muertos?  
¿Podrás tú que eres el vivo?  
Pues si no pueden hacerlo,  
ni muertos ni vivos, ¿quién  
podrá impedir mis trofeos?  
Si no es que quieres que vengan  
a defender este pueblo  
aquellos que aún no han nacido  
con milagroso portentoso.  
Ea, entrad, soldados míos  
que Milena y Curieno  
irán es mi triunfo. Abrid  
las puertas.

SOLDADO 1.º Yo abrirlas quiero.  
(Prueban a abrir las puertas y no pueden.)

Pero es en vano.

POMPEYO Apartad.

Llega tú, Curcio.

SOLDADO 2.º Ya llego;

y tampoco puedo abrirlas.

CAPITÁN Yo quiero probar si puedo.

POMPEYO ¡Oh qué valientes soldados!

CAPITÁN Vive Dios, que en vano pruebo.

POMPEYO Apartad, dejadme a mí,

a ver si del gran Pompeyo  
se resisten cuatro tablas.

Da coces en las puertas y derríbalas: aparecen detrás los DOS SANTOS con dos espadas de fuego.

Mirad, ¡ay de mí! ¿qué veo?

SANTO 1.º ¿Dónde vas?

SANTO 2.º ¿Qué es lo que intentas?

POMPEYO A tanta luz estoy ciego.

¿Quién sois, hermosos prodigios?

¿Quién sois, divinos luceros?

SANTO 1.º Aún no somos.

POMPEYO ¿Cómo no?

¿Aún no sois? ¡Prodigio nuevo!

¿Cómo sin haber nacido  
me vencéis, bellos mancebos?

SANTO 1.º Este es el mayor blasón  
de España, que haya en su reino  
quien antes de nacer venza,  
y es anticipado premio  
de la gran fe que sus hijos  
han de tener, porque es cierto  
que los soldados de Cristo  
antes de nacer vencieron.

POMPEYO ¿Quién es Cristo?

SANTO 2.º Aún no merece  
el mundo aquestos misterios.  
vuélvete ya, y deja libre  
la ciudad.

POMPEYO Rendido quedo;

basta, sombras, basta, soles,  
basta, rayos, yo obedezco.

Ea, romanos, apriesa  
dejemos a España luego.

¡Oh grande blasón de España  
que tus hijos quiso el cielo  
que venzan aun no nacidos  
y que venzan a Pompeyo!

CURIENO Este es el primer blasón  
de España, de cuyos versos  
y faltas, perdón humilde  
pide don Antonio Coello.

Y escuchad luego el segundo,  
que en otro siglo diverso,  
con otras nuevas personas  
proseguirá el grande ingenio  
de don Francisco de Rojas,  
daréisle aplauso y silencio.

Jornada segunda

PERSONAS

DACIANO, cónsul.

MITILENE, su hermana.

TORREZNO, gracioso.

SAN CELEDONIO.

SAN EMETERIO.

MARCELO, su padre.

(En esta jornada segunda vencen los santos CELEDONIO y EMETERIO en vida, como en la primera vencieron antes de nacer.)

Sale DACIANO, cónsul de Roma, con una hacha encendida, asombrado, mirando al cielo.

DACIANO ¡Visión divina, que a los cielos subes  
pisando esferas, penetrando nubes,  
hombre tú, tan divino, siendo humano,  
que rompes la región del viento vano,  
que eres deidad recelo,  
pues apostando a luz ganas al cielo!  
¿Mientras gozo del sueño lisonjero  
te me apareces fijo en un madero?  
¿Hácesme graves cargos a mi culpa,  
y al despertar te vas sin la disculpa?  
Si en haber despertado te he ofendido,  
¿qué dirán las disculpas de un dormido  
si a dártela no acierto  
con desearle decir y estar despierto,  
pero en vano articulo mi querella,  
ya tú la sabes, pues te vas sin ella.  
Labrador, que en el campo nacarado  
coges fruto de estrellas que has sembrado,  
no parezca que me haces este agravio,  
atiende a los impulsos de mi labio;  
mas pienso que es frustado lo que pido,  
¿No has de atender si todo eres sentido?  
Ahora de mi tienda me levanto  
a buscar tu deidad con tal espanto  
que cuanto me conduzco a provocarte,  
tanto recelo más en encontrarte;

llegando cuando más tus plantas sigo  
la espada sólo por cumplir conmigo,  
y esta luz prestó vida y luego muerte  
por deslumbrarme más para no verte  
mandas que no persiga los cristianos;  
Marte vive, ¡oh visión! que con mis manos  
he de apurar sus corazones fuertes,  
y ejecutadas ya todas sus muertes  
de sus viles cadáveres de hielo  
he de poner puntales a tu cielo.  
Trescientos años ha que se vio España  
rendida a los romanos, cuya hazaña  
ha esculpido la historia  
en las líneas del bronce la memoria;  
y esta ciudad que tengo ya cercada  
de encantos y ilusiones pertrechada  
ha vivido en su ley restituida  
siempre cristiana y siempre no vencida;  
trescientos años ha que aquel romano,  
aquel Pompeyo, aquel primer Trajano,  
al quererla asaltar la halló murada  
de dos deidades, que en la propia entrada  
vencieron al valor con el encanto;  
y ahora me sucede a mí otro tanto.  
Visión, si eres deidad, pues te amenazo,  
señala tu poder en este brazo:  
rinde, si puedes, rinde aquesta espada  
por ninguno hasta ahora sujetada;  
porque celebre con silencio mudo  
que tú pudiste lo que nadie pudo  
veamos tu poder.  
(Hiélasele el brazo, y cáesele la espada.)

¡Válgame el cielo!  
Todo soy mármol frío, todo hielo;  
la espada de la mano me ha faltado,  
y estatua de mí mismo me he quedado;  
las venas mías, en su cárcel leve,  
han trocado el carmín en blanca nieve;  
la tierra fértil, madre a flores tantas,  
de arena pone grillos a mis plantas;  
corazones respiro,  
un suspiro se añade a otro suspiro,  
lago de fuego soy tan vitorioso  
que hasta ahora duré de valeroso;  
mas como a pronunciar mi temor llego,  
bomba es la lengua que me saca el fuego;



el alma sin potencia se ha quedado,  
el impulso se alienta embarazado;  
menos activo juzgo el sentimiento,  
todo yo de mí propio me desmiento;  
falta el brazo, la lengua se entorpece,  
el fuego mengua y el cabello crece;  
mi medio cuerpo a estotro es embarazo,  
tronco es aqueste que parece brazo,  
y como el árbol de morir de incierto,  
vivo estoy la mitad, la mitad muerto;  
Dime, ¿porqué me dejas encendida  
aquesta breve imagen de la vida?  
si en este bien, que me parece daño,  
me sobra luz, pues sobra desengaño,  
mucho es la culpa de mi impulso, mucha.

Sale MITILENE, hermana de DACIANO, y CELEDONIO en el traje que apareció en la primera jornada, y TORREZNO, gracioso.

MITILENE La voz aquí se escucha.

CELEDONIO Aquí escucho a Daciano,  
encendida una antorcha en una mano  
en singular batalla,  
buscándose con ella no se halla.

TORREZNO Aquí el cónsul Daciano, valeroso,  
todo negado al lecho y al reposo,  
sobresaltado más, más vengativo,  
especie es suya o es cadáver vivo.

MITILENE ¡Ah Cónsul? ah Daciano!

DACIANO ¿Quién es?

MITILENE Tu hermana soy. ¿Qué encanto vano  
te suspendió el osado pensamiento,  
o en la garganta te anegó el aliento?

DACIANO ¿Es mi hermana?

MITILENE Yo soy, mueve las plantas.

CELEDONIO ¿A estas horas, Daciano, te levantas?

En sueños poco ha, con nueva suerte,  
estabas ensayándote a la muerte  
y tan presto asombrado,

¿Quieres representarnos lo ensayado?

TORREZNO ¡Ah Daciano! ah mi dueño! ¿Qué es aquesto?

¿Soñaste que eras calvo? Dilo presto.

Razón tienes, si acaso lo has soñado,  
de marido celoso te has quedado.

DACIANO ¿Quién es?

TORREZNO Torrezno soy, ¿no me conoces?  
que he venido a tus voces.

DACIANO Y tú, dime, ¿quién eres?

CELEDONIO Celedonio, Señor, al que más quieres.

DACIANO Ya te conozco.

CELEDONIO Vuelve en tu cordura,

y no pase tu asombro a ser locura;  
cobra a la mano el valeroso acero.

DACIANO ¡Ay Celedonio! déjame primero,

si mi daño o mi muerte no te agrada  
cobrar el brazo, que cobrar la espada.

¿No miras este brazo, nunca incierto,  
que alumbra a estotro porque yace muerto?

¿No miras, si a piadoso te adelantas,  
ser el imán, la tierra de mis plantas,  
que me empieza a gastar este edificio?

Estoy muerto, y es tierra, hace su oficio.

CELEDONIO Mueve los pasos, los impulsos mueve.

(Dale la espada CELEDONIO, y tócale el brazo y queda bueno.)

Y el llanto deja, que el semblante bebe.

DACIANO Cuando piadoso llegas,

Di, Celedonio, ¿mandas o me ruegas?

CELEDONIO ¿Porqué lo dices?

DACIANO Porque ya se atreve

a cobrarse la sangre entre la nieve;

el hielo, ya que mi valor provoca,  
en viento se derrama por la boca.

El brazo siento ya con movimiento

y me revisto ya de otro elemento;

ya parece que vuelvo a ser más mío,

desatado consiento al albedrío,

y no sé qué deidad en ti contemplo

que haces ejecución tu mandamiento:

y si a los dioses más deidad prefieres,

manda mucho, pues haces lo que quieres.

CELEDONIO Sólo, Señor, te pido,

que cuentes lo que aquí te ha sucedido.

DACIANO Toma esa antorcha, y dame tú esa espada,

la sangre ya averiguo restaurada.

MITILENE Prosigue, di, Señor, tus sentimientos.

CELEDONIO Cuéntanos tu cuidado.

DACIANO Estadme atentos:

Esta ciudad de roca,

que en las murallas de los cielos choca;

esta ciudad gigante

que roza esos confines de diamante,

a quien ni el tiempo ni la envidia borra,

es, amigos, la antigua Calahorra,

a quien tengo cercada,

que de tres mil cristianos amparada

se apuesta rayo a rayo al sol ardiente,  
y véngola a cercar, porque...

CELEDONIO

Detente,

porque ya en una crónica leíste  
que esta ciudad antigua se resiste  
desde Pompeyo, aquel primer romano,  
y tú, indignado, sí, mas no tirano,  
después que se han pasado siglos de años,  
vienes averiguando los engaños  
de dos deidades que se aparecieron,  
y sin vencer al mismo sol vencieron.

MITILENE Deja esto, pues tu enojo la ha cercado,  
y cuéntanos, Señor, lo que ha pasado.

CELEDONIO Muéveme a tu cuidado, di este exceso.

TORREZNO Este suceso cuenta.

DACIANO

Va el suceso

por la muerte del sol, con luces bellas,  
lloraba aquel ejército de estrellas,  
y la confusa noche  
iba acechando el tachonado coche,  
cuando en mi tienda al lecho blando encargo  
que me atiende a las sombras del letargo;  
dormime, siendo a un alma aún no rendida  
paréntesis el sueño de la vida;  
y apenas divididos

obraban a su gusto los sentidos,  
cuando una voz me llama tan sentida  
que por la lengua habló de alguna herida  
pues del que me la dio, deciros puedo  
que presumí que me llamó de miedo.

Vuelvo a buscar a aquel que me llamaba,  
y en una blanca nube se ocultaba,  
que te observaba con debido culto,  
busquele sombra y admírele bulto.

Era un hombre clavado en un madero  
tan apacible el rostro y tan severo,  
que cuando estos extremos distinguía  
nada de las dos cosas parecía.

Una diadema en su cabeza hermosa  
siendo de espinas se trocó de rosa,  
cuyas puntas a trechos desiguales  
sacaron perlas fondas en corales;  
y no es nuevo trasunto

ser perla y ser coral a un tiempo junto,  
pues la sangre animosa que exhalaba  
en sagrado coral se derramaba,  
y al querer ayudarla o resolverla

lo que lánguido sale, aquello es perla.  
Estaba su cabello dilatado  
desigual a pedazos de erizado,  
siendo con más vistosos arreboles  
cada pelo un celaje de sus soles.  
Medias lunas sus cejas una a una  
daban trémula luz por ser de luna,  
que en su divino cielo, azul semblante,  
a un mismo tiempo estaban en menguante.  
Sus ojos dos, como a su propio centro,  
daban luz a su espíritu hacia dentro;  
y por una lanzada que mostraba  
la luz que estaba dentro se exhalaba.  
En su mejilla hermosa,  
en lirios la mitad, la mitad rosa,  
cinco injurias tenía señaladas  
de una mano y a un tiempo ejecutadas:  
sus labios de topacio a entrambos lados  
de granates estaban respuntados;  
que como sangre pura resultaba  
que de sus dos jacintos destilaba,  
tropezando en la boca limpia y pura,  
lo que lastima fue, quedó hermosura.  
La barba sobre el pecho declinada  
la cabeza de dejó descuadrada,  
moviendo mucho más al dolor fuerte  
la humildad del morir, que ver la muerte.  
Salpicada su sacra piel de abrojos  
para enseñar más bellos sus despojos,  
mostró divinas entretelas puras,  
por lo roto de humanas picaduras.  
Por el espacio de sus sienes rojas  
desatadas a trechos sus congojas,  
resumidos en agua sus dolores  
tan yertos se asomaban a sudores,  
que al desatarse al mar de aqueste cielo,  
en el camino se cuajaron hielo;  
por los pies y las manos desangrado,  
en púrpura, anegaba todo el prado.  
Deidad, le dije, ¿cómo, si lo eres,  
sangriento vives y glorioso mueres?  
Y me parece a mi que me decía:  
Esta que ves correr, púrpura fría  
de mi pecho, que es piélagos profundo,  
sale a pagar la ardiente sed del mundo,  
y asegurando mi temor prolijo  
habló sin voz y sin discursos dijo:

no me persigas; déjame, Daciano,  
o espérate al castigo de mi mano;  
levanta el cerco, y mis cristianos deja,  
con el precepto mío te aconseja;  
por ti el coral que ves he derramado,  
no desperdicies lo que me has costado;  
llega a ser Fénix de tan viva llama,  
mi amor te invoca y mi piedad te llama  
mi muerte te convida,  
no trueques a una fama tanta vida  
ni de tu indignación seas vasallo.  
Despierto a responderle y no le hallo  
sin luz y deslumbrado ahora llego  
por dos efectos a buscarle ciego,  
y si antes le escuchaba más posible,  
ahora le distingo incomprendible.  
Los sentidos suspendo,  
quírole hallar, y no le comprendo;  
si acaso le amenazo  
la ejecución me inhabilita el brazo;  
si hombre le juzgo, muy deidad le advierto,  
y si deidad, también le extraño muerto:  
para ser hombre, admírole invisible;  
para ser Dios, señálole pasible;  
para ser sueño, es inucho lo que toco;  
para verdad, lo que me templo es poco.  
Si él es Dios, y si puede suspenderme,  
¿Cómo manda, pudiendo convencerme?  
Y si quiere triunfar deste despojo,  
o me mate o me quite de mi enojo:  
y si él Dios solo, sólo así se excede,  
¿Cómo puede mandar y obrar no puede?  
De suerte, que yo me hallo tan confuso,  
que está el valor sin uso,  
la razón muy prudente,  
neutral la vida, el alma indiferente;  
indeciso el dolor, remiso el labio;  
si dejo mi intención, mi fama agravio.  
Dudo si espero, temo si lo dejo  
dadme como prudentes el consejo.  
CELEDONIO Invictísimo Daciano,  
tú, que apuestas vengativo  
a eternidad en el bronce,  
y a duración en los siglos:  
pues siempre me has estimado  
y los dos hemos vivido,  
yo sin lisonjas, vasallo;

tú señor, sin albedrío,  
yo dueño de tus cuidados,  
y tú Atlante de los míos,  
lo que te debo en favores  
te desquitaré en avisos,  
esa celestial visión  
que como dices has visto,  
que de la octava techumbre  
rompió el alcázar de vidrio;  
ese que te viene en sombras  
a duplicar los sentidos  
pues te despierta dos veces  
del letargo y del hechizo,  
es el verdadero Dios,  
que en ese madero fijo  
te viene a enseñar en sombras  
lo que no intenta en prodigios;  
ese, que cárdeno viste,  
de la púrpura teñido,  
mover aquel duro tronco  
a quejas y a parasismos,  
es Cristo, el Dios verdadero,  
que con celo peregrino  
fuente a los hombres se exhala  
si no se desangra río;  
diez años son, gran Daciano,  
diez años los que te sirvo,  
dejándole a mi silencio  
lo que pudiera al suplicio  
oculto secretamente,  
y cristianamente vivo  
en la verdadera ley  
de un Dios solo y de un Dios trino  
yo soy cristiano, Señor,  
que hasta ahora no he querido  
descubrirme; pero ya  
que me provoca, tú mismo  
a que te preste el consejo,  
fuera no cumplir conmigo  
oscurecerte evidencias  
que llegan a ser avisos;  
y yo bien puedo callar  
la ley cristiana que sigo;  
mas llegado a preguntarme,  
que me declare es preciso;  
Señor, ni busco tus reinos,  
ni tus honras solicito,

ni a tus favores me guardo,  
ni a tus grandezas aspiro;  
Cristo es el sólo Dios,  
los que adoras son fingidos;  
yo te quiero bien, Señor,  
y búscote reducido,  
no idólatra.

DACIANO                      Tente, calla

luchando vienen conmigo  
una razón que me avisa  
y un espíritu que he visto  
pero yo acredito sombras,  
yo ilusiones imagino,  
y ni a tu valor me dejo,  
ni a Celedonio castigo?  
Cerrarme quiere los ojos  
a las verdades que miro  
de los verdaderos dioses  
con encantos y prodigios;  
¡Vive Apolo! a cuyos rayos  
es todo el orbe Narciso,  
pues que mirándose en ellos  
se enamora de sí mismo;  
que he de estrenar mi rigor  
en el que más he querido,  
y que ha de ser el ejemplo  
de los cristianos altivos.

¿Hola?

CRIADO                      ¿Señor?

DACIANO                      Lleva preso

a este cristiano atrevido;  
y pues los ojos me ciega  
con encantos, con hechizos,  
sacadle los suyos luego,  
por víctima y sacrificio  
que a los inmortales dioses  
consagra el afecto mío;  
¿Pero yo he de mandar esto?  
Mas si fama solicito,  
y si a los dioses agrado,  
¿Cómo no me determino?  
Los ojos, digo otra vez,  
si no se culpa a sí mismo,  
y a nuestra ley verdadera  
no se reduce advertido  
le sacad, aunque presumo  
que no es muy grave el castigo,

pues no importaban los ojos  
a quien tan ciego ha vivido;  
ea, llevadle.

MITILENE                      Señor,

si valen algo contigo  
de una llama los afectos,  
de una razón los avisos,  
ya que airado a sus razones  
le entregaste el un oído,  
a la piedad de mis quejas  
préstame el otro propicio.  
Este joven que castigas  
de tus pasiones movido,  
más por la fuerza de estado  
que por razón de albedrío,  
ayer era tu privanza,  
y con nombre de valido  
te iba aliviando la carga  
de tan pesado edificio.  
Conmigo ayer le casabas,  
y hoy, poco estable contigo,  
haces culpa su inocencia  
y el consejo haces delito.  
No porque sea cristiano  
indignes tu acero limpio,  
dale excepción a tu enojo,  
redúcete más benigno,  
que dar la ira al consejo  
es hacer del rigor vicio.  
No siempre para la sangre  
se determinó el cuchillo,  
para el amago tal vez  
se indigna su airado filo.  
Templa, templa tus pasiones,  
redúcete más benigno,  
no señales tu despojo  
a quien nombras dueño mío.  
Esta piedad no es amor,  
este rigor si es delito;  
no es ser recto ser airado,  
ser prudente es ser activo.  
Demás, que bien puede ser  
que esta visión que tú has visto  
no sea deidad: mas yo,  
o lo dudo o lo confirmo.  
Ese brazo, rama humana,  
que seco, pálido y frío



pasó a mármol desde tronco  
mira como él ha podido  
tocándole con los suyos  
volverle a su ser nativo.  
Teme, hermano; teme, Cónsul,  
que ese que viste ofendido  
de sangre, mares de fuego  
aborte desde el abismo.  
Teme que se desencajen  
las coronas de los riscos,  
y llueva el cielo cometas  
en vez del puro granizo.  
Teme que la sangre humana  
de tus soldados altivos  
vaya tributando el feudo  
al mar, imán de los ríos.  
La indignación deste Dios  
te está llamando al castigo,  
si no quieres ver en rosa  
cuanto ostenta el campo lirio.  
Dale al tiempo la venganza,  
no a la imprudencia el suplicio;  
éste que siempre a tu lado,  
no vasallo, ha sido amigo,  
no privado, ha sido siempre  
de tu voluntad ministro,  
hoy le quieres escarmiento;  
olvídese lo ofendido,  
Celedonio es ya mi dueño  
o lo ha de ser, y hoy publico  
contra mi indignación  
si cruel y inadvertido  
quieres ver cadáver yerto  
el que fue tu imagen vivo.  
DACIANO Detente, infame; ¿tú vuelves  
por Celedonio? Imagino,  
o que su ley apetece  
o que tu cuidado ha sido  
más para con él afecto  
que pasión para contigo;  
mas hoy de los dos a un tiempo  
he de tomar el castigo;  
dél, porque cristiano es,  
y de ti, porque has querido  
posponer mi voluntad  
a un villano que ayer vino  
desde su patria León,

sin que alguno haya sabido  
quién es su padre, ni él quiera  
publicallo ni decillo;  
¡Júpiter vive! ¿Vasallos?  
VASALLOS ¿Qué mandas?  
DACIANO Lleva al suplicio  
a ese ingrato.  
CELEDONIO ¿Tú, Daciano,  
tan cruel, tan vengativo,  
tú no me has criado?  
DACIANO Sí.  
CELEDONIO ¿No sabes que te he servido?  
DACIANO No lo niego.  
CELEDONIO Pues repara...  
DACIANO Mi venganza solicito.  
CELEDONIO Que soy a quien más quisiste.  
DACIANO Es verdad.  
MITILENE ¿Tú tan impío?  
DACIANO Ya me enternece, llevadle.  
CELEDONIO ¿Esta es venganza?  
DACIANO Es castigo.  
MITILENE Es rigor.  
DACIANO Yo lo consiento.  
CELEDONIO Es impiedad.  
DACIANO Yo la admiro.  
CELEDONIO Pues vengan iras, venganzas,  
amenazas y martirios,  
pues hoy tu privatiza dejo  
por ser privado de Cristo.  
(Vanse.)

Sale MARCELO, padre de CELEDONIO, y EMETERIO, niño, hijo suyo.

EMETERIO ¿Posible es, padre y señor,  
que entregarte quieras tanto,  
desde la injuria del llanto  
al tormento del dolor?  
¿Tú, que el lauro de prudente  
único te has conquistado,  
te sujetas a un cuidado,  
y rindes a un accidente?  
Válete de tu valor,  
cobra, reduce tu ser,  
que dejarte así vencer  
es linaje de temor;  
y puesto, Señor, que llores  
recelos tan bien fundados,

consulta los declarados  
y los sentirás menores.  
MARCELO Hijo, si no he respondido  
es porque aqueste cuidado  
no puede vivir hablado,  
y así ha de morir sentido;  
y puesto que yo ni vos  
daremos medio oportuno,  
ya que no le dé ninguno  
no le sintamos los dos.

EMETERIO ¿Y también ser no pudiera  
que en llanto tan desigual  
le halle yo la cura al mal  
pues le miro desde fuera?

MARCELO Allá voy a declararle,  
pues aunque muero en sentirle,  
lo que tardare en decirle  
he de alargar en llorarle  
para males tan prolijos  
el cielo, aunque no deseados,  
me ha dado doce cuidados  
en doce varones hijos;  
en León todos nacieron,  
y habitando entre tiranos  
vistieron como cristianos  
y como hermanos vivieron.  
Y aunque te adoro, sabrás,  
que un hijo dellos perdí,  
a quien quise más que a mí,  
mas no el que me quiere más  
Celedonio le llamé,  
y éste a Roma se partió,  
y desde que me dejó  
tan sentido me quedé,  
y subió el dolor a tanto  
en mis esperanzas vanas,  
que vino a parar en canas  
lo que fue naciendo en llanto.  
Doce años ha que no sé  
si este hijo que juzgo incierto  
en la fe cristiana ha muerto  
o ahora vive en la fe.  
Hanme dicho que Daciano,  
este idólatra cruel,  
aqueste soberbio infiel,  
este atrevido villano,  
un privado trae consigo,

que Celedonio se llama,  
y he venido por la fama  
a este ejército contigo  
por ver si pudiera hallarle  
entre todos escondido;  
el amor de padre ha sido  
el que me trae a buscarle  
y así te traigo también,  
porque en pena tan mortal  
o me aconsejas al mal  
o me reportes al bien.  
Sólo temo que Daciano,  
de su lealtad satisfecho,  
por fuerza no le haya hecho  
que deje el nombre cristiano.  
Y si con tan vil intento  
su ley cristiana pervierte,  
antes me alcance la muerte  
que deje mi sentimiento.  
Pues más quiero en mi cuidado,  
si ha de darme más enojos,  
llorarle muerto a mis ojos  
que hallarle tiranizado.

VOCES (Dentro.) Seguidle todos, romanos,  
muera el cristiano soberbio  
atajad al monte, al monte.

MARCELO Un hombre el rostro sangriento,  
perseguido de la turba  
de un vulgo, entre aquellos cedros,  
más que en las ramas que encuentra  
va tropezando en sí mismo.

Aquí imagino que llega,  
ampare tu vida el cielo;  
hacia aquí puedes librarte  
llega, bizarro mancebo;  
ampárate de las ramas  
de ese frondoso portento  
por donde el sol no ha podido  
emboscar sus rayos bellos.  
¡Qué de piedades me debes  
antes del conocimiento!  
Y según las he sentido  
parece que se las debo.

Sale CELEDONIO tropezando, sacados los ojos.

CELEDONIO Hacia aquí he sentido voces  
y hacia aquí pisadas siento;  
romanos, si sois piadosos,

o si se halla en vuestros pechos  
una piedad a una queja  
y un amparo para un riesgo,  
muévaos el verme sin ojos,  
tan deslumbrado a atenderos  
que le he añadido al oído  
lo que en la vista padezco.  
Guardadme de los tiranos  
que por ese monte espeso,  
repartido en piedras duras  
me tiran un elemento.  
No porque la muerte culpo,  
sino porque en este tiempo  
merezco en él dilatarla  
más que en sufrirla merezco.  
Ea, romanos, guardadme,  
y pues os debo el deseo,  
puesto que me habéis llamado  
dadme el amparo que es menos;  
mirad que llegan.

MARCELO

Detente,

dale su lugar al pecho,  
reprime la sangre pura  
que de tus dos soles muertos  
epitafio es que señala,  
no lo que son, lo que fueron;  
sosiega el llanto de sangre,  
suspende el villano miedo,  
haz valor de la desdicha,  
y puesto que vienes ciego,  
o llora lo sucedido  
o espera lo venidero;  
ya todos los que te siguen  
por la falda de aquel cerro  
no dejan señal en polvo  
del lugar donde estuvieron;  
por otra parte te buscan,  
no te entregues al silencio,  
sirva la voz de sentido  
para alimentar el pecho,  
y de lo que fue visivo  
goce lo hablado los fueros.

CELEDONIO Romanos, yo soy cristiano;

Daciano, el Cónsul, resuelto,  
dejándome las del alma,  
usurpó leyes al cuerpo;  
declareme por cristiano;

los romanos, resueltos,  
hechos jueces de mi causa,  
hicieron fuerza al precepto;  
hanme arrancado los ojos  
fiando, poco discretos,  
al arbitrio de mis pasos,  
de mi ley los escarmientos;  
todos me vienen tirando,  
siendo el miserable objeto  
de las piedras de sus montes  
y los troncos de su cerros  
no siento la muerte, no,  
antes sus venganzas quiero,  
más dilatado el castigo  
añade el merecimiento,  
y porque antes de morir  
quisiera ver a Marcelo,  
mi padre, que en las montañas  
vive retirado y viejo;  
diez años ha que le falto,  
diez años, y en todos ellos  
ni ha sabido de mi llanto,  
ni gozo de sus consejos,  
doce éramos hijos suyos,  
todos varones, y temo...

MARCELO No prosigas, tente, aguarda,  
que me has sacado resueltos  
los dolores en ternezas,  
y en gozos los desconsuelos,  
¿Eres Celedonio?

CELEDONIO Sí.

MARCELO Hijo, llégate a mi pecho, (Abrázale.)  
Comunicarete el alma,  
ya que la vida no puedo;  
Marcelo tu padre soy,  
que con tu hermano Emeterio  
desde León a buscarte  
a aqueste ejército vengo;  
hete hallado, y ya te lloro,  
aún no te encuentro y te pierdo,  
vivo imaginaba hallarte  
y te distingo sangriento;  
alégrome con tu vista,  
y hallarte sin ella siento,  
pero el cielo determina,  
bien sabe lo que hace el cielo,  
que no te halle vivo ahora,

pues fuera tal el contento,  
que muriera de la dicha  
mejor que de hallarte muerto;  
y así las penas y glorias  
tan prudentemente mezclo,  
que estando unidas entrambas  
se embarazan los efectos.

CELEDONIO Dame los brazos, Señor,  
llega a examinarme tierno,  
sirvame el tacto siquiera  
ya que la vista no tengo.

MARCELO Aprovéchate del alma,  
y haz ojos de los deseos,  
que aunque es amor el que tienes,  
no es ese el que llaman ciego.

EMETERIO ¿Y no abrazas a tu hermano?

CELEDONIO Lleg a abrazarme, Emeterio.  
(Abrázanse.)

EMETERIO Y a ser posible partir  
contigo la vista, creo  
que hiciera estrella mis ojos  
para que vieras con ellos.

CELEDONIO Llégate. ¿No es el menor  
de mis hermanos?

MARCELO Sospecho  
que ya no se acuerda dél;  
hijo sí, mas te prometo  
que ha crecido y es galán,  
es valiente y es modesto;  
¡Ah! si le vieras ahora,  
mal haya el ministro fiero  
que hizo fuentes de coral  
mis dos primeros espejos.

VOCES (Dentro.) Llegad todos, aquí está.

MARCELO Voces a esta parte sientos.  
Sale MITILENE.

CELEDONIO ¿Pues qué haremos?

MITILENE No os turbéis:  
una mujer soy, que vengo  
de injurias y de piedades  
convocada a un mismo tiempo.

¿Celedonio?

CELEDONIO ¿Quién me llama?

MITILENE Mitilene soy, que intento  
darte libertad, si quieres

huir el cercano riesgo.  
Mi hermano, el cónsul Daciano,  
provocado de su incendio,  
de su enojo ocasionado,  
obstinado de sus yerros,  
por ese fragoso espacio  
a darte muerte resuelto,  
los polos examinando  
mide el monte cedro a cedro  
de los suyos instigado,  
te amenaza tan sangriento,  
que es fuerza darte a la huida  
lo que antes se pudo al ruego  
todo el ejército junto  
es tu enemigo, y sospecho,  
que has de ser despojo aleve  
de sus villanos aceros  
si no me sigues ahora.

Un roble está en aquel cerro  
cuyo circuito roído  
por lo espacio y lo hueco  
un hombre puede ocultar;  
guardarte en su espacio quiero  
en tanto que Proserpina  
enluta los campos bellos,  
y el sol, luminaria hermosa,  
dora el polo contrapuesto.  
Sin ojos estás; mas juzgo  
que este despojo sangriento  
se dio en señal de tu vida  
para quitártela luego.  
Sígueme, ven a ocultarte,  
pues sólo deste secreto  
tienen noticia mis ojos,  
la tierra, el árbol y el cielo.

VOCES (Dentro.) Ataja por esta parte  
al valle, al río.

MITILENE                                    Los ecos  
de las voces dan aviso  
del suplicio venidero;  
sígueme ya, Celedonio.

CELEDONIO Mitilene, ya no puedo.

MITILENE                                    ¿Porqué?

CELEDONIO Porque éste es mi padre,  
y éste mi hermano Emeterio,  
y si ellos pierden la vida  
perderla con ellos quiero.



MARCELO Hijo, ve con Mitilene.  
Sale TORREZNO.

TORREZNO Huye, Celedonio, presto,  
que cum fustibus et armis  
en traje de alabarderos  
bajan cuatro mil romanos  
revestidos en tudescos.  
¡Oh qué palo han dado a uno  
porque atravesó por medio!  
En el llano se descubren.

VOCES (Dentro.) Al llano.

CELEDONIO ¡Piadosos cielos!  
EMETERIO Hermano, huye este peligro.  
CELEDONIO Como os ocultéis primero  
en esta espesura.

MARCELO Vamos,  
llega conmigo, aunque temo  
que no he de volver a hallarte,  
pues te he perdido tan presto.  
(Vanse los dos a esconder, MARCELO y EMETERIO.)

CELEDONIO Vamos, Mitilene.

MITILENE Vamos.  
TORREZNO Por hambre no tengas miedo,  
que puesto que eres cristiano,  
ya va contigo el Torrezno.  
Al irse sale al encuentro DACIANO.

DACIANO Quedaos todos; aquí están.

¿Hermana?

MITILENE ¿Señor?

DACIANO ¿Qué es esto?

¿Tú amparas a Celedonio?

MITILENE ¿Yo, Señor?

TORREZNO Aquesto es hecho;  
¡Más que los pringa conmigo  
pero si yo los lardeo,  
habiendo de ser asado,  
no soy el que lleva menos.

DACIANO (Ap. Para darme más enojos,  
causados de mi piedad,  
el alma está sin mitad,  
mis ojos están sin ojos;  
¿Quién pensará que he venido  
hasta encontrarle indignado,  
de mis vasallos llamado,

no de mi rigor movido?  
Yo mandé este sacrificio;  
mas para mayor tormento  
lo dije de cumplimiento,  
y ellos lo hicieron de oficio.  
¡Quién no le hubiera encontrado  
por no aumentar el dolor!  
¡Que pueda más que mi amor  
la obligación de mi estado!  
¡Ah cielos, quién no le viera  
en tanta sangre llorar!  
¡Qué le quiera perdonar,  
y que no pueda, aunque quiera!  
¡Que esto haya de suceder!  
¡Que él me hubiese de encontrar!  
¡Qué ordinario es el hallar  
al que no se quiere ver!  
¡Que haya de ser mi trofeo  
quien descansó mis cuidados!  
¡Que me obliguen mis soldados  
a lo que yo no deseo!  
¡Que he de hacer, en conclusión,  
lo que no quisiera hacer!  
¿De qué me sirve el poder,  
si ha de mandar la razón?)  
¿Ah Celedonio?

CELEDONIO                                      ¿Señor?

DACIANO Por hallarte reducido,  
a un tiempo vengo vestido  
del castigo y del amor;  
más de mi piedad advierte,  
no la admires reducida,  
que si en ella está tu vida  
en tu lengua está tu muerte.  
¿Para evitar mis enojos  
quieres negarte a tu fe?  
Habla, pues no te quitó  
la lengua como los ojos;  
hoy te convida mi amor  
otra vez a mi privanza,  
o le guarda a la venganza  
de mi enojo y mi rigor;  
dos letras te pido aquí,  
háblame pues te hablo yo.  
¿No quieres la vida?

CELEDONIO                                      No.

DACIANO ¿Quieres ser cristiano?

CELEDONIO

Si.

DACIANO Pues aunque a mi pena excedo  
con mi amor y mi cuidado,  
Celedonio, yo he deseado  
darte perdón, y no puedo.

TORREZNO ¿Ves este porfiar eterno  
con que a su Dios satisface?  
¿Por qué piensas que lo hace?

DACIANO ¿Por qué?

TORREZNO Por no irse al infierno.

Pero si tú quieres ver  
cuán fácil es de alcanzar,  
déjame llegarle a hablar  
y le verás convencer.  
Ciego, Celedonio, estás,  
de dos maneras, advierte,  
pues te entregas a la muerte  
por un infierno no más.

Pues vase allá un boticario  
por una cosa tan nada  
que vende por rosada  
el agua del letuario;  
y con una cierta muda  
les vende a ignorantes mil  
el aceite del candil  
por el aceite de ruda.

Y es tan cierto esto que ves  
y es tan cierta su partida;  
¿Y tú por guardar tu vida  
no te podías ir después?  
Vase allá el médico infiel  
porque mete cada día  
la mula en su librería  
para que estudie por él;  
y porque sus letras tome  
y salga médica buena,  
ella en el estudio cena  
y él en el pesebre come.

Y en el pesebre que ves  
a otros médicos convida  
¿Y tú por guardar tu vida  
no te podrás ir después?

DACIANO Quitá, necio.

TORREZNO No me quites,  
porque te quiero dar cuenta  
de que por qué nunca yo  
he de encargar mi conciencia.

DACIANO Acaba, dímelo presto.

TORREZNO Por callar cosa que sepa:

en fin, junto a aquestas ramas  
hay dos cristianos, que piensan  
librarse de tus rigores,  
negarse a tus inclemencias,  
Marcelo se llama el uno,  
y es padre...

DACIANO Acaba, no temas.

TORREZNO De Celedonio, y el otro  
es su hermano.

DACIANO Detente, espera

yo mismo he de entrar por ellos;  
y si la ley que profesan  
no olvidan, con este acero  
he de abrir puertas sangrientas  
a sus corazones viles  
que en cenizas se resuelvan,  
y así...

Va a entrar por ellos DACIANO, y salen EMETERIO Y MARCELO.

MARCELO Detente, Daciano;

esta edad, que por postrera,  
crepúsculo es de la vida  
pues a la muerte se acerca,  
y esta infancia peregrina  
hoy a tus iras se entregan  
a dedicar dos gargantas  
a tu cuchilla sangrienta.

CELEDONIO (Ap.) Daciano encontró a mi padre.

MITILENE ¡Que esto a mi hermano dijeras!

TORREZNO Yo no lo quise decir,  
la culpa tuvo la lengua.

DACIANO ¿Estos dos son vuestros hijos?

MARCELO Para saberlo quisiera  
preguntar a Celedonio,  
señor, con vuestra licencia  
cuatro cosas.

DACIANO Preguntadlas.

MARCELO Celedonio, ¿tú confiesas  
que es Cristo el Dios verdadero?

CELEDONIO Si confieso.

MARCELO ¿No quisieras  
tener mil vidas que darle?

CELEDONIO Y que vivieran eternas,  
porque Fénix al suplicio  
tantas veces renaciera.

MARCELO ¿Tú Emeterio imitarás  
aquestas pisadas mismas?  
EMETERIO Venga el martirio a mi cuello.  
MARCELO ¿No tienes por evidencia  
que son falsos esos dioses?  
EMETERIO Eso publica mi lengua.  
MARCELO Sí, Señor, mis hijos son.  
DACIANO ¿Que esto los dioses consientan?  
Llevad; mas no los llevéis,  
que a quien tanto valor muestra,  
o alguna deidad ampara  
o algún Dios les aconseja.  
VOCES (Dentro.) Mueran los viles cristianos,  
Gran Daciano, y no consientas  
en injuria de los dioses  
supersticiones adversas.  
DACIANO Ya no puedo remediarlo,  
Celedonio; en fin, es fuerza  
que has de morir, pues no quieres.  
CELEDONIO Los vanos consejos deja.  
DACIANO Mira que vas a morir.  
CELEDONIO Esa muerte es vida eterna.  
DACIANO ¿Y tú imitas a tu hijo?  
MARCELO Yo sigo su sombra mesma.  
DACIANO ¿Y tú?  
EMETERIO Sus estampas sigo.  
DACIANO Pues al suplicio los lleva,  
que donde el ruego no vale,  
sólo obrará la violencia.  
(Llevan a los tres.)

MITILENE Señor, ¿al que fue tu hechura  
castigas desta manera?  
¿Qué dejas al que aborreces  
si así al que quisistes premias?  
Mira que ya tus ministros  
indignan las viles diestras  
y que el amago se afila  
a la ejecución sangrienta.  
Mira que ya los tiranos  
ponen las manos siniestras  
en las cervices altivas,  
y erizando sus cabezas  
dan a la garganta el filo  
y el suplicio a la sentencia.  
DACIANO ¿Pues qué he de hacer?  
MITILENE Remediarlo.

DACIANO ¿Cómo puedo?  
MITILENE Acaba, llega.  
DACIANO Ya voy.  
(Suenan dentro ruidos de truenos y terremoto.)

¡Válgame los cielos!  
La máquina de la tierra  
parece que busca centro  
como si en sí no estuviera.  
MITILENE Mira aquellas dos montañas  
que una con otra se encuentran,  
y tropezando en sí mismas  
dan al centro su materia.  
DACIANO ¡Oh cómo los truenos crujen!  
¡Cómo la luz titubea!  
y el caos otra vez quiere  
buscar su forma, primera;  
sin duda que mueren ya;  
ya con la muerte pelean  
sin duda que son coral  
sus gargantas de azucenas.  
Sale LA NOCHE, y cúbrese todo el cielo.

MITILENE ¿No miras venir la noche  
de negras sombras cubiertas,  
trémula toda la luna,  
tristes todas las estrellas?  
DACIANO ¡Qué escuridades arrastra!  
¡Oh cómo enluta las sierras!  
(Va cubriendo el cielo la NOCHE, suena esta VOZ cantando.)

VOZ Daciano, cónsul de Roma,  
levanta el cerco. ¿qué esperas?  
Estos a quien diste muerte  
son desta ciudad defensa.  
NOCHE Y los que en el otro siglo  
la defendieron las puertas  
en el tiempo de Pompeyo;  
parte, pues, no te detenga  
ni tu error para intento  
ni tu valor a la empresa.  
Éste es el mayor blasón,  
y para el tercero espera  
en otro distinto siglo  
la fama que edades cuenta.  
(Vase la NOCHE por encima del tejado y quítase el velo.)

MITILENE ¡Qué de sombras! qué de horror  
visten la región etérea!  
¡Qué de relámpagos cruzan!  
¡Qué de nubes se condensan!  
DACIANO Aquella visión divina  
que vi en sueños, hoy me enseña  
su deidad en mis engaños;  
dejarme luz con que viera,  
y derribarme la espada,  
¿qué más precisa evidencia  
de su deidad y mi error?  
Pero siempre ¡ah cielos! llegan  
sin tiempo los desengaños,  
y presto las inclemencias.  
MITILENE Ea, Daciano, levanta  
el cerco, el intento deja.  
DACIANO Démosle la espada al riesgo.  
MITILENE Hasta que los cielos quieran...  
DACIANO Que llegue el tercer blasón  
MITILENE Que el último siglo venga.

Jornada tercera

#### PERSONAS

REY DE CASTILLA  
REY DE ARAGÓN  
REY DE NAVARRA  
LA INFANTA DOÑA URRACA  
GUARDAINFANTE  
EL CID  
CELEDONIO  
EMETERIO

(En esta tercera jornada vencen los Santos después de muertos, apareciéndose en sombras.)

Por una puerta salga EL REY DE CASTILLA, y por la otra LA INFANTA, EL CID,  
GUARDAINFANTE y ACOMPAÑAMIENTO.

INFANTA Fernando, rey de Castilla,  
cuyo católico celo  
para esfuerzo te bastara  
a no sobrarte el esfuerzo.

Seas mil veces bien hallado,  
rama deste tronco regio.

REY DE CASTILLA Doña Urraca de Castilla,  
Infanta, cuyos luceros  
fijos soles se han mostrado  
en el firmamento vuestro,  
seáis mil veces bien venida  
héroe grande a quien el tiempo  
os ha de escribir ufano  
en caracteres de cielo.

CID Dadme a besar vuestros pies.

REY DE CASTILLA Alzad, Rodrigo, del suelo,  
que quien en tan breves años  
con tan atrevido esfuerzo  
tres reyes tiene vencidos  
en el andaluz imperio,  
los brazos que le apercibe  
se supo ganar él mismo.

GUARDAINFANTE Deme a besar vuestra Alteza  
de uno de sus veinte dedos  
de los pies o de las manos,  
el que le esté más a cuento.

REY DE CASTILLA ¿Quién sois?

GUARDAINFANTE                                 ¡Lindo preguntar!  
Soy un indigno escudero  
de Rodrigo de Vivar,  
el que más moros ha muerto  
que un sastre dice verdades.

REY DE CASTILLA Muy pocos serán.

GUARDAINFANTE                                 Concedo.

REY DE CASTILLA Cómo os llamáis?

GUARDAINFANTE                                 Guardainfante.

REY DE CASTILLA ¿Qué es Guardainfante?

GUARDAINFANTE                                 Un enredo  
para ajustar a las gordas  
un molde de engordar cuerpos;  
es una plaza redonda  
adonde pueden los diestros  
entrar a jugar las armas  
por lo grande y por lo extenso;  
es un encubre preñadas,  
estorbo de los aprietos,  
arillo de las barrigas,  
disfraz de los ornamentos;  
y es, en fin, el guardainfante  
un enjugador perpetuo  
que esté secando la ropa



sobre el natural brasero.

CID Apártate, necio, a un lado.

GUARDAINFANTE Apártame de ser necio  
y haré lo que tú me mandas.

REY DE CASTILLA Rodrigo y Urraca, hoy quiero,  
como me deis atención,  
declararos mis intentos;  
a Córdoba os escribí  
desde esta ciudad, diciendo  
que trujeseis a la Infanta.

CID Es verdad, y yo al momento  
con la Infanta, mi señora,  
vine a servirte dispuesto  
a ayudarte con mi espada  
y a obligarte con tus celos;  
Ya estamos en Calahorra.

INFANTA Y yo a obedecerte vengo.

CID Prosigue, pues, tu intención.

INFANTA Dinos, ¿qué intentas?

REY DE CASTILLA

Ya empiezo:

Esta ciudad generosa,  
estorbo grande a los vientos,  
competencia a reino tanto  
y atalaya a tanto cielo,  
es la insigne Calahorra,  
cuyo valeroso esfuerzo  
compitió con la Sagunto,  
y hoy su nombre yace impreso  
con buriles de la fama  
sobre los bronces del tiempo.  
Por tradiciones antiguas  
dicen, que el grande Pompeyo  
asaltó desta ciudad  
los torreones excelsos;  
y al romper sus baluartes  
dos visiones se ofrecieron,  
mucha hermosa resistencia  
para tan pequeño objeto.  
Cien años antes de Cristo,  
de nacer él los trescientos  
volviose Pompeyo a Roma,  
y de corrido o de cuerdo  
se diligenció la muerte  
por castigo de sí mismo,  
y por vivir en la fama  
se murió de sentimiento.  
Después de trescientos años,

Daciano, el cónsul, dispuesto  
a romper tanto prodigio;  
y a entrarse en tanto portento,  
leyendo en un libro antiguo  
aquel felice suceso,  
dicen que rompió el volumen  
y que arrojado y soberbio  
a los engañosos dioses  
en el sacrílego templo  
por víctima a sus altares  
prometió sus nobles cuellos.  
Cercó, pues, esta ciudad,  
y para tan arduo cerco  
no dejó reciente flor  
orearse del aire tierno,  
sin que a los vegetativos  
diese racionales cuerpos,  
para la sed de sus huestes  
por ser tan grande el exceso,  
fueron sorbos cristalinos  
los arroyos lisonjeros:  
que agotados de la sed  
entre el despojo sangriento,  
ni aun para llorar su ruina  
lágrimas de agua tuvieron.  
Los árboles y las fieras  
se vieron a un mismo tiempo,  
las fieras allí bramando,  
las ramas aquí crujiendo.  
Con las ansias de la muerte  
la fiera alteró el estruendo,  
y se quejó con más fuerza  
el árbol de hallarse seco.  
Y, en fin, el cónsul Daciano  
cortó los valientes cuellos  
de dos cristianos altivos,  
Celedonio y Emeterio;  
y ocultando sus gargantas  
en el tenebroso centro,  
bien que hoy no se sabe donde  
se guarde aqueste misterio.  
Así como sus gargantas  
cercenó el cobarde acero,  
de las hojas celestiales  
se desencajó el cuaderno.  
Titubeó el sol en su esfera,  
y errando los paralelos,

por sendas de líneas nuevas  
iba atajando los cielos.  
Cubriose con la guedeja  
el rostro de oro avariento,  
y a quererle competir  
se asoma con los luceros.  
Rompiose el eje, en quien carga  
el coche hermoso Febeo,  
sin madera rechinaron  
los edificios del centro.  
En la cuna de las aguas  
la tierra se fue meciendo,  
y a bramidos la arrullaron  
el Ábrego, Noto y Cierzo.  
La noche tenía emboscadas  
en el cóncavo de un cerro  
lo principal de las sombras  
para acometer a Febo;  
y por temblar la montaña  
salieron antes de tiempo  
por extrañeza en los aires  
el rayo obró sin trueno,  
el relámpago sin nube,  
la lluvia sin vapor denso.  
Camaleón ya la tierra  
se sustentaba del Euro,  
y como estaba en las sombras  
se vistió su color mismo;  
los elementos variaron,  
átomo fue el firmamento,  
y el concurso de las sombras  
buscaba el caos primero;  
a estos prodigios divinos  
levantó Daciano el cerco,  
y después de muchos años  
los africanos tuvieron  
en su imperio esta ciudad;  
en este estado dejemos  
a Calahorra, y volvamos  
al más extraño portento  
que ha dilatado la fama  
con lenguas del bronce hueco.  
¿No veis esos tres candados,  
(Hay tres candados sobre una gruta.)

que en esa gruta están puestos?  
Un prodigio es cada cual,

todos tres son un misterio;  
el primer alarbe rey  
que llegó a extender el cetro,  
después de trescientos años  
de este heroico vencimiento,  
vio luces en esta cueva,  
y por las sombras rompiendo  
de su tenebroso espacio,  
mandó que a inquirir el centro  
entrasen seis alfaquíes,  
los que a la muerte resueltos  
en su lóbrega morada  
se olvidaron esqueletos  
este mandó que cerrasen  
el formidable bostezo  
que a ser matriz de la sierra  
parió el terrestre elemento,  
y este candado le puso,  
hasta que en siglos diversos,  
Mucaulín, alarbe rey,  
quiso atropellar él mismo  
de este mágico prodigio  
el laberinto soberbio;  
y al entrar por esta cueva  
con una antorcha, se oyeron  
de lastimosas querellas  
mal declarados acentos;  
bajó por el cuerpo atado,  
y apenas confuso y ciego  
del volumen de las sombras  
leyó el prólogo primero,  
cuando dio voces arriba  
que le sacasen, saliendo  
cadáver el que entró alma,  
mármol el que entraba incendio;  
y solo habló una palabra  
a sus vasallos, pidiendo  
que echasen otro candado  
a esta gruta, cuando luego  
el que era volcán de llamas  
quedó helado Mongibelo;  
y después de muchos años,  
Mostafá, rey más soberbio,  
abriendo mayores bocas  
a aquesta tumba del centro,  
dos mil africanos manda  
que con antorchas resueltos

examinen desta cueva  
los ángulos más diversos;  
y a sus obsequias dispuestos  
con las luces que llevaban  
se alumbraron ellos mismos;  
ni en suspiros sacó el aire  
la nueva deste suceso,  
porque se atajó la queja  
entre la lengua y el pecho;  
éste, pues, de los candados  
que miráis puso el tercero;  
mas hoy que por los cristianos  
quede esta ciudad, pretendo  
la investidura forzosa  
que por rey cristiano tengo  
tres reyes quieren ser Rey,  
mas yo por justicia excedo  
al de Aragón y Navarra;  
todos tres la pretendemos,  
porque esta ciudad está  
en la raya de tres reinos.  
Yo, pues, ahora os llamé  
para que los dos a un tiempo,  
tú me ayudes con tu espada,  
tu, Infanta, con tu consejo.  
Ea, valiente Rodrigo,  
ahora, ahora te quiero  
arrojado en el peligro  
y en lo peligroso cuerdo.  
De la cinta desenvaina  
esa segur, ese acero,  
y estrénese en la justicia  
por la defensa sangriento.  
Sepa Aragón y Navarra  
que nos toca de derecho,  
si el valor es rey del alma  
el alma deste misterio.  
La defensa es natural,  
y defender lo que es nuestro,  
no es ir contra la concordia  
que a la sacra fe debemos,  
crezca el valor con las armas  
en tu católico pecho,  
y alárguese tu arrogancia  
hasta el polo contrapuesto;  
ea, hermosísima Infanta,  
esos hermosos luceros

para soles desta empresa  
guarden sus claros reflejos,  
hasta que el cielo descubra  
de aquesta cueva el secreto,  
la razón de mi justicia,  
de mi valor el aliento;  
porque siendo esta ciudad  
de la Castilla, tendremos  
un cielo en pequeño espacio,  
grande honor de vuestro imperio,  
y el de Aragón y Navarra  
en el propio vencimiento  
tendrán por mayor blasón,  
siquiera que compitieron;  
así conseguimos glorias,  
se efectúan los deseos,  
se alcanzan las esperanzas  
y se logran los afectos.  
CID Fernando valeroso,  
cuyo pecho, valiente y generoso,  
para voz ha nacido de la fama,  
y por Fénix te aclama  
cuanto circunda el mar y el sol campea,  
así el África vea  
de tus inclitas huellas  
resucitar las flores en estrellas;  
que esta lóbrega gruta  
que de sombras enluta  
tanto cuerpo de trémulos horrores,  
se descubra a tus rasgos resplandores.  
Rompe, Señor, estos candados fuertes,  
epitafios que dicen tantas muertes,  
labraste en lo eterno un mauseolo;  
a ti te espera este prodigio solo;  
y que el cielo lo quiere,  
de tu celo, piedad, valor se infiere.  
Ea, Señor, que con tu lado intento...  
(Suene un clarín.)

Mas, ¿qué clarín por la región del viento,  
ya con bélicas voces, ya suaves,  
turba la muchedumbre de las aves?  
(Suene otro en diferente parte.)

REY DE CASTILLA Y otro por esta parte,  
insignia ya del valeroso Marte  
con ardientes acentos

atropella la escuadra de los vientos.  
INFANTA Del de Navarra son los escuadrones,  
si no miente la insignia en sus pendones  
CID Estotros son del de Aragón valiente,  
cuya copia de gente  
baja a tan ardua guerra  
apostando a las plantas de la tierra;  
ea, Señor, aquestos son los reyes  
que contra todas las divinas leves  
quieren desta ciudad la investidura;  
pero en vano procura  
ni el de Aragón pisar sus torreones,  
ni el de Navarra dar nuevos blasones  
a sus héroes primeros,  
no cortan en tu oprobio sus aceros.

REY DE CASTILLA Pues vos, Rodrigo de Vivar, en tanto  
que la noche descoge el negro manto,  
salid a recibir al de Navarra;  
vos, Infanta bizarra,  
os retirad a aquesta torre ahora,  
atalaya primera del aurora,  
que recibir al de Aragón pretende  
y a la Castilla este blasón definiendo. (Vase.)

CID Pues yo por la espesura de ese llano,  
nevado a trechos del enero cano,  
al navarro pretendo hacer la salva,  
y antes que Febo le pregunte al alba  
si es hora de salir, viven los cielos  
que he de dar el valor a mis desvelos;  
yo he de intentar aquesta noche, digo;  
pero tú, Guardainfante, ven conmigo.

GUARDAINFANTE Que no hay quien guarde a mi señora, advierte,  
y yo, por excusarime de la muerte,  
presumo que es razón, en guerra tanta,  
que un Guardainfante sea Guardainfanta.

CID Ven conmigo, o por Dios...

GUARDAINFANTE

Ya te acompaño.

CID Hoy verá Calahorra el más extraño  
prodigio de valor que ha visto el mundo.  
Adiós, señora.

(Vanse el Cid y Guardainfante.)

INFANTA Rayo sin segundo,  
a la esfera del suelo,  
para que viva yo, librete el cielo,  
¿Quién podrá apenas creer,  
que por ser naturaleza,

me trae triste la grandeza,  
me trae remisa el poder?  
Va el albedrío a querer  
y detiéndole el honor,  
ríndese el alma al valor  
y culpo mi amor en calma,  
que no puede sin un alma  
obrar perfecto un amor.  
Voy a querer a Rodrigo  
con resuelta voluntad,  
y al verla desigualdad  
mis intenciones castigo  
cuando a mí propia me digo  
esta afición rigurosa,  
soy como la mariposa  
que apenas nace a volar  
cuando se llega a abrasar  
sobre la llama amorosa.  
¡Y que una hiedra fragante,  
por lo amante o por lo fiel,  
con ser más humilde que él  
abraza el árbol gigante;  
que ella le adore constante  
porque amor los enlazó!  
Y, en fin, ¡que el amor guardó  
estas leyes primitivas  
en almas vegetativas  
y en las racionales no!  
No van mis discursos buenos  
si el honor se queda atrás;  
yo estoy sintiendo ser más,  
y él llorará porque es menos;  
¡Oh a la razón cuán ajenos  
son los lances del ardor!  
¡Que haya en las fuerzas temor!  
¡Y que haya en las glorias males!  
¡Que nazcamos desiguales  
naciendo igual el amor!  
Pues reprimamos cuidados  
a aqueste altivo ardimiento,  
y el oculto sentimiento  
ponga el silencio candados;  
los impulsos arrojados  
entrego al templo de honor;  
válganse de mi valor  
mis penas y ansias mortales.  
¡Que nazcamos desiguales



naciendo igual el amor! (Vase.)

Salen EL CID Y GUARDAINFANTE con linterna, escala, un hacha, clavos, un martillo y eslabón.

GUARDAINFANTE ¿A dónde, Señor, me llevas de treinta alhajas cargado?

¿Con tenazas y martillo, luz, linterna, un hacha, clavos, una escala, un eslabón, y otros cuatrocientos trastos?

¿Qué casa hemos de escalar?

Si no es que a estas horas vamos al prendimiento... ¡Ah, Señor!

¿De qué vienes tan turbado?

¿Mándate, Fernando, el rey que a impedir salgas el paso al rey de Navarra, y tú a su obediencia has faltado y me traes desta manera?

CID Oye el caso más extraño que imaginó el pensamiento.

GUARDAINFANTE A que le cuentes te aguardo.

CID Ya sabes que aquesta tarde nos refirió el rey Fernando que esta gruta esta cerrada habrá cuatrocientos años; desde aquel alarbe rey, que en su tenebroso espacio, o inspirado o temeroso fijó el primero candado.

GUARDAINFANTE Y bien, ¿qué quieres ahora?

CID De tu valor ayudado intento abrir esta cueva que mi corazón bizarro me está diciendo en el pecho que a mí sólo está guardado este secreto misterio.

GUARDAINFANTE Señor, si no estás borracho, a lo menos lo parece;

¿Qué demonio te ha tentado a morir como pocero?

¿Pensarán todos los diablos lo que has pensado tú solo?

CID Deja las gracias, villano, que has de entrar, viven los cielos.

GUARDAINFANTE Bien me puedes hacer cuartos, ochavos, tarjas, dineros, maravedises, cornados;

pero eso de entrar, perdona,  
que nunca fui aficionado  
a cuevas y esto es tan cierto,  
que no bebo en el verano  
agua fría, solamente  
por no bajar a enfriarlo.

CID Digo, que has de entrar primero.

GUARDAINFANTE ¿Aun no tienes alcanzado  
conmigo que entre el segundo,  
y en primero estás porfiando?

¿Yo grutas? ¿en cuevas yo?

¿Yo espeluncas? si has pensado  
que me aficiono a cisternas,  
por Dios que es muy grande engaño.

CID Acaba y no me repliques,  
arranca luego esos clavos.

GUARDAINFANTE Señor, lo que ningún moro  
en tanto tiempo ha intentado,

¿Quieres intentar tú solo?

CID A mi espíritu gallardo  
nunca le asaltan temores.

GUARDAINFANTE Ahora bien, yo los arranco  
pero pienso que es mejor,  
si no te causa embarazo,  
que yo llame un cerrajero;  
voy por él.

CID Ya estás cansado,  
y vive Dios...

GUARDAINFANTE Soy un bruto,  
y hablé por boca de ganso,  
o por boca de gallina,  
lo postrero es lo más llano  
desenvaino la tenaza,  
y, en fin...

CID ¿No acabas?

GUARDAINFANTE Ya acabo;  
este clavo va primero,  
que es pequeño; salió el clavo;  
(Saca las tenazas y el clavo.)

a fe que si ello importara,  
que se hiciera más reacio;  
pero ahora en los demás  
me pienso ocupar gran rato  
y ha de amanecer, por Dios,  
entre tanto que los saco;  
otro va, salió, por Cristo.

¿Qué les importa a estos clavos  
estarse un año allí dentro?  
no dirás que no despacho  
mejor que diez cerrajeros;  
este clavo, o yo me engaño,  
está un poquillo durillo;  
él salió, ¡lo que han porfiado  
(Saca otro.)

estos clavos en salir?  
CID Rómpelos presto, villano,  
o por Dios...  
GUARDAINFANTE Ya se han abierto  
ellos mismos sin tocarlos.  
¿No sabes qué he presumido?  
que el que los puso indignado,  
más miedo al clavarlos tuvo  
que yo tengo en arrancarlos.

CID Abre de presto la cueva.  
GUARDAINFANTE Como tú mandas la abro, (Abrela.)  
Allá darás miedo, digo;  
pero todo el miedo ha dado  
sobre mí, y es imposible;  
Ya está abierta. (Sale fuego.)  
¡San Hilario!

el infierno es, juro a Dios.  
CID El pecho distingo helado;  
pero este temor que tengo  
es un temor tan osado  
que cuanto dudo temiendo,  
tanto gano ejecutando;  
no hay estorbo a mi valor,  
no a mi fuego hay embarazo,  
leve es la llama que miro  
para el incendio que guardo  
demás, que aquella es señal  
de los cielos soberanos,  
pues que me avisa con luces  
lo que en sombras he dudado;  
levántate.

GUARDAINFANTE Al cielo gracias,  
que me dices que nos vamos.

CID Para que pongas la escala  
te lo digo.

GUARDAINFANTE O tú eres diablo  
capón, que ya los capones  
son demonios desbarbados,

o tú eres saludador,  
o has nacido en jueves santo,  
o estás muy mal con tu vida,  
o lo estás con tus criados;  
señor, hagamos las cuentas  
y págame mi salario,  
que no te quiero servir;  
(Mas yo he de ser alcanzado,  
y no me está bien la cuenta).

CID Ea, Guardainfante, subamos.

GUARDAINFANTE Ahora bien, yo te obedezco;

la suso escala te clavo,  
enciéndote el hacha, y digo,  
que bajes luego allá bajo,  
y haz primero testamento,  
dime si tienes a cargo  
alguna doncella, si  
se usan doncellas ogaño;  
yo me casaré con ella,  
que ya no es nuevo en los amos,  
después que han cogido el fruto  
darle el árbol al criado.

Al ir hoy a recibir  
con orden del rey Fernando,  
al de Navarra, en el pecho  
me dio el corazón mil saltos;  
y siendo las alas lenguas,  
la voz del valor me ha hablado  
para que de aquesta gruta  
rompa prodigios y encantos.

No sé qué temores siento;  
¿Para cuándo, para cuándo  
nació el valor en el pecho?  
¡Perder la vida es un daño  
y tener temor son muchos;  
cuanto en resolverme tardo  
tanto me tardo en vivir.

A aquesta cisterna bajo,  
porque no se ha de decir,  
siendo yo tan temerario,  
que dejé de pavoroso  
lo que de fiero he pensado.

Dame esa luz. (Baja por la escala.)

GUARDAINFANTE Que me place;

en efeto has porfiado

morirte sin ocasión.

¿Oyes? Baja más a espacio,

que tiempo hay para morirte,  
vuelve a casa pan ganado,  
y mira...

CID (Dentro.)                    ¡Válgame el cielo!

GUARDAINFANTE Vive el cielo que ha rodado,  
y que se quebró la escala.

¡Ah Señor! aquesto es malo.

No responde. ¡Ah buen Rodrigo.

el soberbio castellano!

Aquí paz y después gloria.

El pobre Rodrigo ha dado  
con los huevos en la ce.

O en el suelo con los cascós.

¡Ah, Señor! quibus finitus  
nostra sinietur et actio.

¿Qué he de hacer? ¡Triste de mí!

Si me coge el rey Fernando

abierta la gruta ahora,

pensará que estoy culpado.

¿Pues qué remedio? Cerremos,

y pónganlos los candados  
como estaban. Guardainfante

ha cumplido con su amo,

por ser amo es mi enemigo,

y pues le deajo enterrado,

buscar otro año quiero

que éste ya está despachado,

si digo que él está muerto,

yo tendré muy mal recado;

¡No se muriera entre todos!

Me dieran luto: diez años

había que lo deseaba

por si le daban de paño;

y ahora lo he de callar,

recojamos estos trastos

y adiós, Vivar infelice,

adiós, Vivar desdichado,

que yo voy a ver si puedo

despachar otros diez años.                    (Vase.)

Sale EL CID con el hacha en la mano turbado y ella muerta.

CID Por este primer prodigio,  
por ese segundo caos,  
bruto albergue de las sombras,  
con tanto horror voy entrando,  
que pienso que vuelvo atrás  
todo cuanto me adelanto;

la luz se murió al caer,  
el pelo siento erizado,  
aires a esta parte corren,  
sombras viven a este lado,  
y allí represados yacen  
lagos de coral humano  
en tumultos de esqueletos;  
no sé dónde he tropezado,  
cadáveres ya sin forma  
cuantos yacen sepultados;  
mina de las sombras es  
este albergue dilatado,  
y de escándalos y horrores  
es un confuso palacio;  
(Dentro ruido de cadenas.)  
allí cadenas se escuchan  
pero yo no las extraño,  
quede los riesgos que espero  
este es el menor de tantos  
luces a esta parte nacen,  
sin duda se han levantado  
para ser exhalaciones  
desde el centro al aire vago.

VOZ (Dentro.) ¿Rodrigo?

CID Una voz se escucha,  
y pienso que me ha nombrado.  
¿Si desde afuera me llaman?  
que como es hueco este espacio,  
reflechte el eco en la gruta;  
mas responder es en vano,  
que lo que ayuda al entrar,  
al salir es embarazo.

VOZ (Dentro.) ¿Don Rodrigo de Vivar?

CID Mas la voz se va acercando.

¿Quién me llama?

VOZ (Dentro.) Entra acá dentro.

CID Confieso que estoy turbado;  
pero proseguir intento  
cuantos prodigios o encantos  
se empezaron de valor,  
y de fuerza se acabaron.

¿Por dónde iré?

VOZ (Dentro.) De esa luz

(Aparece una luz en el tablado, y esté de modo que vaya andando.)

sigue los ardientes pasos,  
y entra donde te guiare.

CID O el cielo tiene guardado  
algún secreto prodigio,  
o es algún mágico encanto.  
¿Pero yo qué me confundo?  
¿Pero yo qué me acobardo?  
¿En las sombras valeroso,  
y en las luces desmayado?  
Pero hago muy bien, ahora  
todos los temores gasto,  
para quedarme después  
con los valores sobrados  
Ya voy a entrar; mas la luz  
sin que la consienta mano,  
sin que el brazo la corrija,  
forma por el aire pasos  
mas si me ayuda una luz,  
si una luz me va guiando,  
ni me confunda el recelo,  
ni me atropelle el cuidado  
fuego va para el valor,  
luz va para el desengaño,  
todos los he menester,  
y a mi más, pues me adelanto  
desde ser tan animoso  
a parecer temerario;  
antorcha ardiente prosigue  
tus pasos de ardientes rayos,  
que ya te sigue Rodrigo,  
el soberbio castellano.  
(Éntrese la luz, y él tras ella.)

Salen EL REY DE CASTILLA, EL REY DE ARAGÓN, EL REY DE NAVARRA, LA  
INFANTA Y GUARDAINFANTE, y haya una mesa en un bufetón de tres esquinas.

INFANTA Reyes cristianos, cuyas tres coronas,  
atemorizan a las cinco zonas,  
cuyo valor gallardo, sin segundo,  
presta voz al clarín que toca el mundo;  
ya que en la mesa estáis de aquesta roca  
que en la maleza de ese monte toca;  
y mesa de tan rara maravilla;  
que es de Aragón, Navarra y de Castilla;  
y en ella a un tiempo con discreto grado  
cada cual en su reino está sentado;  
si en lo que propongo no os molesto,  
escuchad la concordia que os protesto.  
Íñigo Arista, de Navarra Atlante,

don Jaime de Aragón, cuyo gigante  
pecho le escribe al sol con letras de oro,  
a entrambos sin perderos el decoro  
que a ser reyes os debo,  
con la licencia de mi rey me atrevo.  
Este reino le toca a la Castilla;  
Castilla tuvo la priniera silla  
sobre Aragón, Navarra y toda España;  
desde arriba procede aquesta hazaña.  
Pues antes que los moros africanos  
ganasen nuestra España a los cristianos  
era todo de un cuerpo y ha de serlo,  
si el mismo cielo quiere defenderlo.  
El rey Fernando viene de Pelayo  
y de sus iras se ha forjado rayo:  
Pelayo ha restaurado a nuestra España,  
así toca a Castilla; y esta hazaña  
le compete a Fernando,  
volveos a vuestros reinos, porque cuando  
estorbe al vencimiento la malicia,  
el cielo ha de volver por mi justicia.

REY DE ARAGÓN Esta ciudad está en el reino mío,  
y de mi brazo en vuestro intento fío  
que ha de sacarme siempre vitorioso,  
sobre lo justo está lo valeroso;  
doña Sancha, la reina, la ha traído  
por su dote a Aragón.

REY DE NAVARRA Yo he sucedido  
con Navarra también en esta herencia,  
y no pueden hacerme competencia  
ni Aragón, ni Castilla;  
a Navarra compite aquesta silla,  
yo en mi reino y mi raya tengo asiento.

REY DE ARAGÓN Y yo en mi reino estoy.

REY DE CASTILLA Y yo me asiento  
sobre la raya deste reino mío,  
a mi reino compite el señorío.

GUARDAINFANTE Si es la mesa de roca, es cosa llana  
que echarla no podrán por la ventana.

INFANTA ¿Dónde el Cid estará, que no ha llegado

REY DE CASTILLA ¡Que el Cid en esta empresa haya faltado!

Ya yo estoy en mi reino.

REY DE ARAGÓN Y yo en mi tierra.

REY DE NAVARRA Y yo en mi reino estoy.

REY DE CASTILLA Pues guerra, guerra.

REY DE ARAGÓN Talaré las campañas de Castilla.

REY DE NAVARRA Seré de fuego octava maravilla.



REY DE CASTILLA Yo talaré del aire las regiones.

REY DE NAVARRA Yo arbolaré en Castilla mis pendones.

REY DE CASTILLA Hoy mi valor verán tres elementos.

Sale EL CID, turbado.

CID Los impulsos dejad, y estadme atentos:

a bañarse en Occidente  
la visión del cielo hermosa  
iba al apagarse el día  
en su dorada carroza,  
y al entrar por los cristales  
parecía, con ser roja,  
minotauro de la espuma,  
medio cristal, medio antorcha;  
cuando tú, rey de Navarra,  
diste a los vientos la tropa,  
a la selva el estandarte,  
y por la margen frondosa  
de esas montañas diamante,  
columna del cielo heroica,  
a Calahorra bajabas.

Tú, don Jaime, por la roca  
de aquel escollo de nieves,  
que el linde a los cielos roza,  
con la misma pretensión  
descendiste a Calahorra.

Mandome Fernando entonces  
que a vuestro impulso me oponga;  
salgo a recibirlos solo,  
y apenas por la escabrosa  
maleza de aquesos montes  
mi ligera planta toca,  
cuando esa lóbrega gruta  
que es de Proserpina alcoba  
y en su tenebroso lecho  
recuesta todas las sombras,  
a que osado la examine  
o me anima o me provoca;  
quiero pasar adelante,  
y apenas el valor forma  
pasos para deteneros,  
cuando otra vez se revocan;  
que era influencia del cielo,  
y es mi resistencia corta.

Llego al horrible bostezo  
de la esfera cavernosa,  
abro la puerta a la gruta,  
cuando en llamas vigorosas

para romper este encanto  
miro señales medrosas;  
requiero todo el valor  
y hallo el valor que me informa,  
y a las llamas me consagro  
atrevida mariposa.  
Desciendo la primer línea;  
pero al tropezar en otra  
de las sombras de la tierra  
medí la turba copiosa.  
El tacto aplico al recelo,  
y sólo es que leves toca  
insignias para el temor,  
y para el valor discordias.  
Un relámpago confuso  
salió a embestir a las sombras,  
y ellas para resistille  
amigables se amontonan.  
Los relámpagos crecían  
y como sin nubes obran  
imaginé que las peñas  
se daban unas con otras.  
Escándalos eran cuantos  
en las sombras se aprisionan,  
vapores se condensaban,  
fuego allí la tierra aborta.  
Allí cadenas se escuchan,  
allí alaridos se forman,  
respiraciones allí  
se quejan tan presurosas  
que un suspiro trae consigo  
forzadas muchas congojas.  
Quiérese el pelo erizar  
y imán el valor le cobra  
que se holgó de los horrores  
para tener más vitorias.  
En este abismo de dudas,  
altiva una voz me nombra,  
que fuera consuelo al riesgo  
a no llamar lastimosa.  
Pruebo la voz a la lengua  
y al responder animosa  
pareció que ella llamaba  
al mismo que la provoca.  
Pare una luz el abismo,  
y aunque del abismo brota,  
por parecer ser estrella

se fue moviendo ella propia.  
A parasismos me alumbra,  
que el aire a veces la estorba;  
pero la vuelve a encender  
otra vez el que la sopla.  
Sígola, y ella me lleva  
hasta una oscura mazmorra,  
donde en cadenas atados  
con encendidas antorchas  
dos bultos eran blandones  
de dos visiones hermosas.  
Una tumba de zafir,  
bordada a un tiempo de aljófar  
era luctuoso albergue  
de tanto efecto de gloria.  
En sus gargantas divinas  
miré dos señales rojas  
que sobre fondos jazmines  
eran pestañas de rosa.  
Salen esas dos visiones,  
que con estar yertas, postran  
de modo, que parecían  
animadas y corpóreas  
de sus dorados cabellos,  
crespos en menudas ondas,  
se anegó, mal gobernada,  
toda la caduca sombra;  
llegan, y una pena rompen,  
que era mordaza a la boca  
desta queja, y por los vientos  
me trasladan a la alfombra  
de esta cristalina margen  
que es regazo del aurora;  
sobre un bufete de jaspe  
ponen unas armas solas  
un devoto crucifijo  
con dos luces, y me exhortan  
que de aquellas armas vele  
las insignias valerosas;  
velé las armas valiente,  
y luego los dos me adornan,  
armándome caballero  
de las grebas a la gola  
«Parte, entonces me dijeron,  
a la defensa forzosa,  
que para ser de Castilla  
te ha menester Calahorra.

Y para que ahora sepas  
quién te anima, quién te honra,  
a quién debes esta fama,  
de quién esta merced gozas,  
Celedonio y Emeterio  
son los que has hallado ahora,  
que desde el cónsul Daciano  
se ocultan en la mazmorra  
de esa gruta. Di a Fernando  
que ese rudo escollo rompa,  
y que en culto más decente  
nuestros sacros cuerpos ponga,  
y o los dos reyes avisa  
que entreguen a la corona  
de Castilla esta ciudad,  
y que ninguno deponga  
la crueldad a la razón,  
porque si el cielo se enoja,  
volverá en mares de sangre  
ríos y fuentes sonoras.»  
Ea, valiente Fernando,  
ahora es el tiempo, ahora,  
que para tan grande hazaña  
todo tu valor te importa;  
Celedonio y Emeterio  
son dos patronos que gozan  
en la impírea hermosa esfera  
de mártires la corona,  
y que ocultos se aperciben  
a que un templo les disponga  
para patronos perpetuos  
de la ciudad valerosa  
y vosotros reducid  
las espadas vencedoras,  
para terror, para asombro  
de las africanas costas,  
no corre en cristianos pechos  
esas cuchillas heroicas;  
y tú a Navarra da vuelta,  
tú vuélvete a Zaragoza;  
por ley, por valor de herencia  
aquesta ciudad nos toca,  
por providencia del cielo,  
porque el mundo lo pregona,  
porque la defenderemos,  
de tanta cuchilla corva;  
porque es defensa segura

y allá aun no fuera dudosa,  
y ganaremos a un tiempo  
aplausos, honores, glorias,  
eternidad para el tiempo,  
para el intento victoria,  
para la historia cuadernos,  
y para la fama trompas.

REY DE ARAGÓN Todo lo que has referido  
tan confuso y asombrado,  
mejor es para soñado  
que ha de ser para creído.  
Lo que llegaste a emprender  
que ha sido, llevo a pensar,  
más ardid para espantar  
que valor para vencer.

CID ¿Luego dudáis la verdad  
del suceso que os refiero?

REY DE ARAGÓN Que ha sido ilusión infiero,  
y fuera temeridad.

REY DE CASTILLA ¿Qué intentáis los dos?

REY DE ARAGÓN Querer  
ver tu campo destruido,  
y en habiéndote vencido  
la vitoria sortearemos.

REY DE NAVARRA Yo esa concordia consiento.

CID Yo a tu lado he de vencer.

REY DE ARAGÓN Yo te sabré defender.

REY DE CASTILLA Yo daros la muerte intento.

CID En efecto, ¿no queréis  
vencer tan varios extremos?

REY DE ARAGÓN Sola esta ciudad queremos.

REY DE CASTILLA ¿Eso sólo resolvéis?

CID Cruel estás.

REY DE ARAGÓN Tú estás ciego.

GUARDAINFANTE Retirarme aquí es hazaña.

REY DE CASTILLA Pues dese en esa campaña  
la batalla a sangre y fuego.

REY DE ARAGÓN Más mi enojo me provoca.

REY DE CASTILLA ¿Eso resolvéis, en fin?

REY DE ARAGÓN Sí.

REY DE CASTILLA Toca al arma, clarín.

CID Toca al arma.

REY DE ARAGÓN Al arma toca.

(Vanse el rey de Castillo, el rey de Aragón y el rey de Navarra.)

GUARDAINFANTE Suplico a vuesa merced  
que me oiga dos mil palabras,  
cuatro o cinco más o menos,

pues en palabras no hay tasa.

CID ¿Qué quieres?

GUARDAINFANTE

¿Llámame usted

para que a la cueva vaya,  
y es bueno dejarme fuera,  
y sólo abajo se baja?

¿Pues esto se puede hacer  
con criados de mi casta?

¿He faltado alguna vez  
ni a su lado ni a mi espada?

¿Y hacerme estar esperando  
con todas aquestas barbas,  
hasta ahora junto a la cueva?

Vive Cristo que me holgara  
que no fuera usted mi amo,  
que a puñadas, a estocadas,  
le diera a entender quién son  
los Guardainfantes de España.

CID Yo pensé...

GUARDAINFANTE

No se disculpe,

y otra vez que a cuevas vaya,  
bájeme vusted consigo.

(Tocan cajas.)

CID Ya se empieza la batalla,  
y detenerme no puedo. (Vase.)

GUARDAINFANTE Pues Santiago y cierra España;  
no tiene que llevar miedo,  
supuesto que le acompaña  
quien como le guardó en cuevas  
le acompañará en batallas.

Sale EL REY DE ARAGÓN y EL CID, en batalla, después de haberse acuchillado todos  
con mucho decoro.

REY DE ARAGÓN Rinde las armas, Rodrigo,  
al brazo de aquesta espada.

CID Son oposiciones leves  
todo Aragón y Navarra.

GUARDAINFANTE Riñe, Cid, como quisieres,  
que guardarte las espaldas  
(Detrás del Cid.)

Nadie como yo en el mundo...

VOCES (Dentro.) Cierra, Aragón y Navarra.

VOCES (Dentro.) Vitoria por Aragón.

REY DE ARAGÓN ¿No miras que a voces cantan  
la vitoria por mi reino?

¿Cómo, dime, no te amparan  
esas visiones que has visto?

CID Ya las que he visto me amparan.

(Descúbreanse en lo alto en dos bufetones CELEDONIO y EMETERIO, con dos espadas, y las gargantas con sangre.)

REY DE ARAGÓN ¿Qué es esto? ¡Válgame el cielo!

CID Dos visiones soberanas,

que desde el lóbrego centro

hasta las regiones vagas

a defenderme han salido,

y allí han dejado unas armas.

(Queden en el aire unas armas de Castilla de fuego.)

INFANTA Del rey de Castilla son.

REY DE CASTILLA Y allí unas letras doradas.

GUARDAINFANTE Enigmas son de los cielos.

REY DE CASTILLA ¿Cómo dicen? Lente, aguarda.

REY DE NAVARRA «Calahorra por Castilla.»

REY DE ARAGÓN Pues si los cielos te amparan  
marcha, a Aragón, atambor.

REY DE NAVARRA Marcha, atambor, a Navarra.

REY DE ARAGÓN Y la fama voladora...

REY DE NAVARRA Y la voladora fama

con lenguas de bronce canto

el tercer blasón de España.

CID Pues que después de su muerto

vencen las efigies santas

de Emeterio y Celedonio,

y aquí la comedia acaba.

GUARDAINFANTE Y don Antonio Coello

de su primera jornada

pide perdón al Senado;

si estotras dos no os agradan,

hoy don Francisco de Rojas

pide perdón por entrambas.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

